

El don de Vorace

Novela

Félix Francisco Casanova



Lectulandia

El don de Vorace hermana a Casanova con Rimbaud, por su genialidad, su provocación y su muerte temprana. Se advierte en Casanova la gracia, el desparpajo, la propensión lúdica de un ángel con rasgos diabólicos, todo lo cual exime a su arte de las esperables convenciones del oficio. El libro, abiertamente inverosímil, es de principio a fin una parodia y denota un esfuerzo imaginativo poco común. Es la deriva criminal de un hombre a quien la inmortalidad ha despojado de principios morales.

Según las anotaciones en su diario íntimo *Yo hubiera o hubiese amado*, Casanova tardó cuarenta y cuatro días en escribir *El don de Vorace*, entre el 9 de junio y el 23 de julio de 1774. El autor tenía 17 años.

Lectulandia

Félix Francisco Casanova

El don de Vorace

ePub r1.0

mariano_elcorto 18.09.13

Título original: *El don de Vorace*
Félix Francisco Casanova, 1975
Ilustraciones: François Matton

Editor digital: marianico_elcorto
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Si convenimos en denominar genio a un hombre fecundo en afortunadas y audaces ocurrencias, Félix Francisco Casanova (1956-1976) mereció ese apelativo. Su muerte temprana le impidió ejercer más allá de la adolescencia su portentosa capacidad para manejar palabras con instinto poético. El parangón con Rimbaud es pertinente no sólo por dicha circunstancia. Acaso hermane a ambos escritores con mayor motivo la naturaleza rebelde y visionaria de sus respectivas obras, tan distintas por otros conceptos. En el mismo siglo en que transcurrió su vida nada modélica, Arthur Rimbaud obtuvo un lugar en los mármoles de Francia. España practica de costumbre la tardanza en el reconocimiento de sus hijos más sobresalientes.

Empeño inútil el de lamentar los logros vedados a un escritor fallecido prematuramente. No ha sido probado que el talento para la creación literaria opere de manera constante o acumulativa, ni siquiera que garantice frutos de mérito después de la precocidad. Aquella muerte antigua y no sabemos si accidental interfiere superfluamente en la lectura de los escritos que Casanova sí llegó a culminar en el proceso de su corta vida: la reunión completa de sus poemas que circula con el nombre de *La memoria olvidada*, un diario que desconozco y *El don de Vorace*, singular experimento en prosa que, por contener episodios y personajes, presenta un perfil de novela.

Confieso cierta resistencia a experimentar sorpresa cada vez que un poeta predice su muerte y luego, en efecto, muere. La muerte da pie a profecías de seguro cumplimiento. Supone, en cualquier caso, una desgracia, no un valor literario. Que Casanova la asociara con frecuencia al agua (él mismo falleció mientras tomaba un baño) inevitablemente añade un enigma a los muchos que urdió. Aquel muchacho experto en misterios solía acudir a la poesía con la disposición de no expresar las cosas comunes. De ahí que no escaseen en ella los vocablos inusuales, los de sentido exótico, los inventados para la ocasión.

Se advierte en Casanova la gracia, el desparpajo, la propensión lúdica de un ángel con rasgos diabólicos, todo lo cual exime a su arte de las esperables convenciones del oficio. Si hay algo que todavía asombra en él es el hecho infrecuente de que un joven de diecisiete años escriba poemas sin incurrir en la imitación de la poesía. Incluso las veces en que cuenta sílabas evita embutir las palabras en formas métricas reconocibles. Con escepticismo propio de adultos desengañados, gustó de mofarse de la solemnidad a la que son tan apegados los frequentadores del género poético. No mostró mayor indulgencia con sus propios escritos.

Como la música que tanto amó, sus poemas ni requieren ni excluyen el tamiz del raciocinio para ser disfrutados. A menudo suenan como si acompañasen a una melodía que el poeta hubiera escuchado en el instante de la escritura. Resulta de ello

una fluencia que se preocupa más por responder a un ritmo o crear una atmósfera que por constituir la lógica lineal de un discurso, todo ello copiosamente sazonado con bromas surrealistas, notas de humor negro y una pericia sin igual para desfamiliarizar la realidad mediante la combinación novedosa de detalles. En sus versos abundan los chispazos de genio que todavía, tantos años después, cortan el aliento al lector, al tiempo que hacen de Félix Francisco Casanova un poeta sobremanera susceptible de ser citado.

La relectura me afirma en el convencimiento de que *El don de Vorace* representa, junto con cierto número de poemas donde se insinúan pequeños relatos, la parte más valiosa de su trabajo. El libro, abiertamente inverosímil, es de principio a fin una parodia. Construida sobre la estructura de un monólogo que admite la reproducción de conversaciones, alberga en sus páginas una sucesión de episodios macabros, escenas de violencia, actos irracionales, pesadillas y visiones que denotan un esfuerzo imaginativo poco común. Sabemos por el padre del autor, que contribuyó a la redacción del libro en funciones de mecanógrafo, que no pocos capítulos fueron repentizados a viva voz por Casanova, a quien apremiaba la cercanía del plazo de entrega de un concurso literario, uno de tantos que ganó. Un libro de esa índole no se planea. Se escribe en trance, se improvisa al calor de una inventiva ágil o simplemente le sale a uno.

Su protagonista, Bernardo Vorace, constata, tras varios intentos frustrados de suicidio, que es un hombre inmortal. El descubrimiento lo lleva a cabo en la primera página de la novela, tras despertarse con un agujero de bala en la sien. El resto del relato consiste en la deriva criminal de un hombre a quien la imposibilidad de morir ha despojado de principios morales. Desea anularse a cualquier precio, sin que fructifique ninguna de sus tentativas. Interviene en ficciones soñadas, se proyecta en un poeta depravado de otro siglo, se tira por el balcón o trata de suprimirse en la conciencia de sus conocidos, para lo cual los invita a una fiesta de disfraces, en la que él, por descontado, se viste y actúa de diablo. El lector deberá resignarse a una duda insoluble, ya que el desenlace no precisa si Bernardo Vorace es ajusticiado por el verdugo o si ha soñado sus carcajadas y su muerte en la cámara de ejecución.

Fernando Aramburu

El don de Vorace

1

Me siento realmente mejor. Las vírgulas de agua en la ventana desdibujan el paisaje, o quizá son mis ojos los que despliegan esta cortina de lluvia a mi alrededor. Creo que he sonreído justo como los moribundos alegres, pero tampoco en esta ocasión termino de morirme. Estoy llegando al colmo de lo grotesco.

Cuento hasta diez y me impulso hacia adelante. Mi espalda parece pegada con chicle al colchón, las sábanas son la continuación de mi piel y este sudor de animal enfermo recorriéndome el cuerpo como un pecado. Comienzo a enjaezar a la bestia de mi cerebro: la montura del razonamiento, los estribos de la lógica. Me desembarazo de la blusa del pijama como si se la quitara a un muerto. Arrastro mis pies desde el fondo de la cama, nunca pensé que fueran tan pesados. No dudo de que alguien me confunda con un zombie abandonando el ataúd. La disnea disminuye. De repente me encuentro de pie, temblando intento asirme a la cómoda, pero ya no hay cómoda sino un pequeño taburete con frascos medicinales. Atrapo uno que tiene forma de botella y lo alzo hasta mis ojos, pero no consigo unir más de dos sílabas. ¡Rayos, esto es indescifrable! (No sé si lo pienso o lo hablo). Quizás haya olvidado leer, amnesia total. Por un momento esto me parece maravilloso: saber nada y empezar de nuevo. Pero, vana ilusión, la memoria comienza a desandar todo y las imágenes, voces, nombres acuden a mí como la gente a la salida de un cine. Por fin acabo de leer el dichoso rótulo, pero ya las primeras sílabas se me han olvidado y no tengo ánimos para recomenzar. Con tenaz esfuerzo devuelvo el frasco al taburete y noto estar erguido, sin apoyarme en objeto alguno. Una cucarachita trepa por mi pie descalzo, la escupo con alegría, mientras se ahoga, los muebles van recuperando su color habitual e inmediatamente observo que los han cambiado de lugar. Casi a tientas busco la consola de caoba. Está justo en la otra pared, frente a la que antes ocupaba, y en seguida pienso (o digo) que es un cambio absurdo. Abro la gaveta y con un suspiro recojo mi agenda. Es preciso saber cuánto tiempo he delirado en ese horrible camastro, así es que acudo a la última página escrita. Una fecha: 2 diciembre y, con letra que cualquier grafólogo calificaría de melancólica y pesimista, leo: «Hoy es mi último día con vida (ojalá). Esta noche bajaré el telón... El demonio quiera que no se

vuelva a subir». Luego vienen toda clase de detalles sobre el revólver con que me ejecuté y algunas estrofas sarcásticas referidas a lo que en realidad ha ocurrido y que ya intuía con cierta seguridad. Más adelante, una serie de recuerdos mal hilvanados, mis libros, padres, infancia... Un beso final para Marta y la firma completa, con letra de molde: BERNARDO VORACE MARTÍN.

No puedo por menos que carcajearme de este nuevo intento fallido o llorar como sólo yo he llorado. Opto por enmudecer los pensamientos y andar sonámbulo. El demonio alzó el telón.

Llego a la sala de estar, que ahora es cuando realmente merece este nombre, pues antes era, en todo caso, la sala de no estar, con docenas de libros y discos a modo de alfombra y las huellas de mis vicios en techo y paredes. Ahora todo rezuma limpieza, los discos como los colocaría cualquier pulcro aficionado y los libros en orden, según editorial o autor. El gran sofá aparece acondicionado en forma de cama: almohada, sábana, manta. A su lado mi mesilla de noche con *Las Flores del Mal* que yo había comenzado a leer antes del último suicidio. Lo hojeo y observo numerosos versos subrayados con carmín, los que comparan al poeta con el pájaro albatros: «El poeta es como este príncipe de las alturas / que asedia la tempestad y se ríe de las flechas, / desterrado en el suelo, entre burlas, / sus alas de gigante le impiden andar». Pero creo que mi caso es aún más triste. Junto a Baudelaire están un vaso con agua y el tubo de cápsulas rojas. Oigo abrirse la puerta, giro la cabeza... Y ahí está, vestida de vaquera, bolsa de supermercado en mano.

—¡Mi pequeño inmortal! —Marta con ojos llorosos—. ¡Nunca lo conseguirás, eres Dios, eres Dios!

La tengo en mis brazos, los cuerpos amarrados, gritos en mis oídos. —¡Mi linda bestia ensangrentada, eres un Diablo!

Mientras me recuerda una y otra vez que no puedo ser aplastado como araña bajo zapato, me derramo de rodillas con mi rostro en sus rodillas... Lloro torpemente, como si fuese la primera vez que no muero.

2

Hemos almorzado las succulentas latas de bichitos que Marta trajo del supermercado. Acabo de ducharme, un esparadrapo cubre el agujero negro de la sien derecha, el pelo mojado en forma de coleta me recuerda la cara de mi madre. Marta comenta continuamente ese parecido.

—A mucha gente le asquea comer caracoles —Marta con salsa hasta en los ojos... ¡Pobres!

—A más gente le da asco comer carne humana —le digo mientras miro la dentellada que asoma sobre su escote.

—A ti no, mi buen Bernardo... caníbal querido.

De repente he puesto cara de circunstancias: —¿Has leído mi diario?

—Lo leo desde que empezaste con esa manía. Te desconozco mejor que a mí misma. Eres el misterio viviente. En todo caso, el único que puede hablar de la muerte con una sonrisa de oreja a oreja.

Le sonrío como a los chistes malos y pienso (no digo) que esta desgraciada no se ha percatado de la magnitud de mi problema.

—Coruja, tú me tomas por una atracción de circo. Me ayudas a no morir, cuando sabes que deseo lo contrario.

—Es que te quiero —Marta mordiendo el abdomen de un caracol.

—Y lo dices así, como cualquier mujer enamorada de cualquier hombre enamorado.

—¡No! Lo digo como cualquier mujer enamorada de un monstruo.

Hemos permanecido unos minutos en silencio, robando con miga de pan los últimos charcos de salsa.

—¿Te ha gustado Baudelaire? —le pregunto, sabiendo que a ella le encantan todos los poetas.

—Mucho. He dibujado unos retratos de cómo hacían el amor Charles y su querida Jeanne...

—¿Como nosotros? —la interrumpo, gozoso de hacerle recordar mi ímpetu físico.

—No... ellos lo hacían de verdad —Marta riendo.

Ha ido a buscar sus dibujos, mientras pienso que la rutina es horrible, al menos en mi caso.

Tengo bajo mis ojos los dibujos a carbón: grandes trazos voluptuosos, manchas intensamente negras en los puntos clave, camastros de madera vieja y una tenue luz en las ventanas, botellas de alcohol y hojas de versos por el suelo.

—Sí, no se parecen en nada a nuestro amor —digo (sin pensar).

—Te has vuelto a equivocar, Bernardo, estos son los autorretratos de nuestros días de amor.

La muy condenada me había vuelto a coger. Efectivamente, en el dorso de los dibujos

aparecen las fechas en que fueron hechos y unos malos poemas eróticos inspirados por aquellas circunstancias.

—¡Víbora! Enséñame los de Charles y la Duval.

—No he necesitado pintarlos —Marta como queriendo acabar un discurso dialéctico —, lo hacían exactamente igual que nosotros.

Tengo la sensación de estar aplastado. Todo esto me parece absurdo. Yo discutiendo sobre el amor. Me levanto bruscamente. Titubeo. Me vuelvo a sentar.

—Marta, querida, no juegues conmigo.

—¿Cuáles crees tú que son las flores del mal? —Marta intentando comenzar un tema trivial.

—Las flores pensamientos, sus grandes pétalos pueblan los bosques y resisten los cambios del tiempo. Son como almas humanas: ¡horribles! ...Y la flor de loto, y las petunias, orquídeas, rosas, dalias, orejas de burro... todas, Marta, todas las flores son dignas de un ataúd.

Marta comprende que he llegado al colmo del malhumor, pasa sus dedos por mi frente y enreda un mechón:

—Sudas, Bernardo. Tranquilízate. Tómallo por el lado bueno. Podrás conocer todos los rincones de este planeta, amar a todas sus mujeres, asistir a los entierros de tus enemigos...

—¡Y de mis amigos! —restallo violentamente.

Marta baja la cabeza, sabe que ha metido la pata. Sus explicaciones no logran calmarme, al contrario, me lo ponen todo más difícil.

3

Marta duerme a mi lado. El cucú acaba de dar las tres de la noche. Ella me lo ha aclarado todo: la madrugada del 3 de diciembre llegó a mi piso, trastornada por el telegrama que le envié («te encargo los trámites de mi entierro»). Había dejado la casa de campo de David y volvía a mí con el corazón dando tumbos. Al verme tendido en el suelo, mi cuerpo temblando, la herida en la sien y el super-llama en la mano, cuenta haber dado un grito que no duda despertase a medio edificio. Cosa que no creo en ella, pues suele aguantar bien las emociones fuertes. Me limpió el cráneo, inyectóme morfina y me acomodó en el lecho como a un niño enfermo de paperas. Luego los cuidados de siempre y vuelta a la normalidad. Hoy, 10 de diciembre: ocho días. Otras veces la recuperación había durado menos, cuando las famosas cápsulas rojas, que tanto éxito tenían entre los suicidas, el volver a la vida fue cosa de risa. ¡Horroroso! Cierro los ojos.

Estoy soñando literalmente: En un pueblucho en la frontera de dos estados inhallables se celebraba cada diez años la Gran Mojiganga. Una fiesta con la que sus habitantes sufrían y gozaban. A mediados de invierno, los disfraces de animales abandonaban el arcón, las melenas del león peinadas, los adornos de la grulla retocados y pintadas las plumas del petirrojo. En plan simbólico, tres días antes del suceso, se disparaba al fondo del pozo de la plaza una flecha color zafiro de agua, con una invitación dirigida al Demonio y una máscara de macho cabrío para que éste la usara. A todas las fiestas siempre había acudido el inefable diablillo (generalmente el alcalde y pocas veces el doctor). Hasta una vez aparecieron dos demonios, cosa infrecuente, pues ese disfraz traía malas consecuencias (se cuenta que el anterior médico murió días después de la Mojiganga, con la máscara infernal destrozada entre sus manos). Las hogueras estaban preparadas, la carne de jabalí y las cerezas que las mujeres habían afanado en los vericuetos del bosque. Marta, la hija del alcalde, fue la elegida para arrojar la flecha, por lo tanto luego sería, durante las veinticuatro horas de la fiesta, la compañera del diablo de turno. Tras tensar el arco con sus manos de nieve, pronunció las palabras del ritual. El pueblo miraba con delicia y horror, el jadeo de los ancianos y la risa de los chiquillos (al pensar que Marta iba a matar alguna salamandra). La flecha penetró en la oscuridad, se extendió un enorme silencio: el dardo no tocaba el fondo. Los rostros se miraban sorprendidos, castañetearon los dientes de Marta. Su padre, palpándole los hombros, le susurró que la flecha debió de enredarse en algún matojo de las paredes del pozo. La joven volvió a respirar, un viejo color tierra se persignó lentamente.

Amanecía la fecha de la Gran Mojiganga, el sol intenso se colaba en los dormitorios donde se levantaban leonas, cuervos, bestias de dos cabezas (los matrimonios recién unidos gustaban de ir juntos). En la plaza, alrededor del pozo, las máscaras madrugadoras cantaban a coro. Lanzaron una larga cuerda que fue sujeta en el fondo, un perro verde dirigía la operación. Pronto la cabeza del macho cabrío emergió del pozo. Era un diablo flaco y alto, mejor caracterizado que otras veces (el alcalde estaba ya muy gordo y resultaba un tontuelo Lucifer). Comenzaron a sonar los violines y chirimías, los tambores de piel de lobo, los zapatos de tacón de madera. Bailaban grillos gigantes con elefantes enanos, faisanes con tigres y Marta, vestida de rata, con el macho cabrío. Al caer la noche encendieron las hogueras, las bocas de los animales con sabor a cereza, trozos de carne de jabalí en los senos de una pantera, gatos borrachos besándose con el perro verde, los ancianos sibilinos eran búhos con olor a canas. Marta estaba extenuada, su cuerpo de rata herido y feliz, los ojos del diablo clavados en cada animal. Un viento triste siseaba en los rincones de la plaza, unas sombras desdibujadas se introducían en el pozo, lloraba el fuego apagándose...

Amanecía, el pueblo sembrado de disfraces vacíos, fue la última gran ceremonia, la auténtica Mojiganga.

Acabo de despertar. Me encuentro extrañamente bien, la sien casi no me molesta. El cucú canta diez veces, no comprendo cómo puedo dormir tanto. Marta trajina en la cocina.

—¡Amor, no hagas nada! —hoy tengo la voz potente—. ¡Vámonos a desayunar al parque!

—De acuerdo —contesta a poco volumen.

Estamos sentados frente a una mesita bajo un gran toldo amarillo. Marta sorbe su cortado: ¡uhm...!

—La naturaleza, poderosísima fuente de aventuras —decimos a coro.

Hemos vuelto a reír como antaño. La memoria es el mejor bálsamo, pero llegarán los días en que la mía abarcará tanto que las imágenes se repetirán en la vida misma.

Cruzamos los verdes ramajes, la hojarasca cruje bajo nuestros pies. De la mano como una estúpida pareja bajo un tibio sol de invierno. Extiendo mi pañuelo en el banco lleno de inscripciones y suciedad de paloma. Del bolsillo de mi abrigo sale la agenda.

—Lee la última página escrita, Marta, por favor.

—«Hoy es mi último día...».

—¡Alto! —la interrumpo—. Sáltate eso.

—«El revólver —prosigue Marta— es un superllama español, peine de nueve balas, calibre nueve milímetros largo, longitud doscientos dieciséis milímetros, altura ciento treinta y siete milímetros —mientras, yo río—, peso mil cien gr...».

—¡Para! Voy a explotar, Martita.

—No lo encuentro gracioso —Marta adquiere un tono serio que no le queda nada bien—. ¿Leo estos horribles versos?

—No.

—Ah. ¿Y estos sobre tus papás?

—Sí.

—«Nada vale una vida, excepto otra vida. Así la luz de los ojos de mi madre guiará mi balsa, serena y abismal...» ¿Sigo?

Marta ha notado que me estoy poniendo tontamente sentimental.

—No, déjalo ya —veo mi cara triste en el espejo de los ojos de Marta.

—Ñam-ñam, las tijeras de las bocas sobre los muslos, ñam, ñam —ríe, animándome, Marta sobre mis hombros. Este verso cubano era la frase de nuestros domingos en el mar.

—¡Sí, ñam, ñam!

6

Durante varios días nos hemos amado como en los dibujos a carbón. Hoy Marta toma el tren que pasa cerca de la casa de campo de David. Estamos tristes.

—¿Es necesario? —le pregunto.

—Sí, le quiero, le quiero mucho.

—¿Y yo?

—Tú tienes el infinito por delante. Siempre quedará tiempo para estar contigo. Sin embargo, David...

—David es un bendito que va a morir —alzo la voz—, un enfermo que se acerca a la tumba lentamente, ah, y además es cosa segura: no hay nada que le salve. ¡Es maravilloso!

Marta se ha levantado cabizbaja. He de suponer que está herida por mis palabras.

Mientras coge su maletín le digo bruscamente: —¡Y has hecho mal en cambiar los muebles!

—Me aburría.

La puerta se ha cerrado. De repente creo recordar una película o un cuento... No, no, un sueño, un sueño que he debido de tener alguna vez, ¿o me lo han contado? Yo era un horrible demonio y devoraba al mundo entero, todos se deshacían ante mí, Marta y las ratas, David, búhos y perros... Caían en un extraño túnel... No, en un pozo y se perdían para siempre.

Hoy es 15 de diciembre, me queda muy poco dinero y Marta estará dentro de poco en los brazos de ese viejo canceroso, que en el fondo envidio.

Faltan sólo diez minutos para la una. Tengo ganas de salir, trabajo en la librería Osiris desde hace seis días. La dueña es una vieja amiga de mi madre y por un favor muy especial —como ella recalcó— me dio este empleo hecho a mi medida, ya que me muevo entre los libros como pez en el agua.

—Ya eres un hombre de provecho —exclamaba conmovida—. Si tu madre te viera ahora tan alto, demasiado guapo. ¡Oh, la pobre!

Y era cierto, en estos últimos días había recuperado mi peso normal, afeitábame cada mañana y vestía con lo último que Marta me compró. Además el largo cabello bien peinado resulta bastante agradable. Yo mismo me asombro de parecer un mortal más, sólo sufridor de crisis normales.

Mientras ordeno la obra de Kafka, veo entrar una muchacha alta y esbelta. Da un beso a la dueña y le muestra una especie de cartilla amarillenta, que la señora firma, tras dar unas palmaditas en las lindas mejillas de la joven.

Rápidamente me acerco a ellas.

—Señora Beltrán, por favor, ¿dónde está *La Metamorfosis*? —me doy cuenta de lo estúpido de la pregunta mientras miro a la muchacha.

—Pero si la tienes en las manos, Bernardo, estás despistado —repara en que su hija también me mira—. Oye, Bernardo, te presento a mi pequeña Débora.

—Bernardo Vorace Martín —digo atropelladamente, como si fuese la primera vez que saludo a una chica.

Nos damos la mano y creo que no pude causarle peor impresión.

—Débora estudia el último curso de Bachiller —la vieja induciéndonos a amistar—. Es que la pobre estuvo un año mala.

—Sí, en estado embarazoso —corta Débora.

—Ja... quiere decir en una situación complicada —la señora Beltrán, mordiéndose las uñas.

—Sí, mamá, harto complicada.

—Bueno... ch... yo ahora le firmaba las notas trimestrales, sobresaliente en gimnasia, ¿sabes, Bernardo?

Asiento dócilmente. Las dos mujeres continúan divagando sobre las dichas notas y comienzo a reír por dentro, ya que hacía rato que no me encontraba en una situación tan ridícula. Este tipo de escena es la esencia de la cotidianidad, la gente podría ahorrar palabras y no despilfarrarlas en tan vacuos asuntos. Súbito noto que me acaban de hacer una pregunta.

—¿Cómo decía, por favor?

—Bernardo, continúas en la luna, mi hija te solicita para que la acompañes a casa.

—Ah, sí, sí. Voy a colocar el libro y en seguida vuelvo.

La susodicha Débora tiene un no sé qué. Como Marta dijo, yo podré amar a todas las mujeres del planeta, así es que comenzaré hoy mismo la tarea. Incrusto *La Metamorfosis* entre *El Castillo y América*. Regreso no sonriente, pero sí alegre.

—Así que la pequeña estudiante quiere que la acompañe, ¿eh?

Débora ríe como sólo las colegialas saben hacerlo.

—Adiós, ma —ambas se besan con un cuidado exquisito.

—Hasta la tarde, señora Beltrán, seré puntual —alisándome en cabello.

—¡Huy, si tu madre te viera con mi niña, qué contenta se pondría! —une sus manos como si fuera a rezar.

Débora se sonroja como sólo las colegialas saben hacerlo.

Andamos por la avenida, el frío suave de los mediodías de diciembre nos acompaña.

—¿Cuál era esa situación embarazosa, Débora?, si me permites la indiscreción —le rozo su tersa mano.

—Me fugué con un profesor.

—¿De gimnasia? —me adelanto con ánimo de acertar.

—No, de filosofía —Débora seria.

—¿Y te dejó?

—No.

—¿Lo dejaste?

—Sí.

—¿Por qué? —se me está poniendo cara de policia.

—Es impotente —Débora aún más seria.

—Ah... ya. ¡Pobre hombre!

Advierto que quien se está sonrojando esta vez soy yo. Cambio de tema: —El veintiocho es mi cumpleaños. Soy un viejo a tu lado, al filo de los veinticinco inviernos.

—El filósofo supera los cuarenta —Débora con voz de mujer madura.

—¿Y tú?

—Entre diecisiete y veinte.

—¿Dieciocho? —ya tengo faz de comisario.

—No, pero andas caliente.

—Ah... diecinueve —sonrío como si terminase un problema de matemáticas.

—¡Asombroso! —Débora se lleva las manos a la cabeza—. Aquí es donde vivo, inocente Bernardo —me envuelve en una mirada de suficiencia.

—Oh, sí, sí... Entonces, el veintiocho, a la una, citados en la librería. ¿No?

—Bueno... ya veré. A lo mejor estaré ocupada, Bernardo, tengo tantos admiradores

—pasa la lengua por sus labios.

Ah, melindroso insecto, qué ganas tengo de machacar tu bonito cráneo. Meto las manos en los bolsillos: —Hace frío. ¿Eh?

—No va a hacer calor, ¿uh? —musita absorta.

Débora comienza a subir la escalera, rechaza el ascensor para que admire sus torneadas piernas, me hace una especie de guiño y consigue que recuerde las muecas de algún subnormal.

Rumbo a casa pienso en esa chiquilla que cree poseer gran experiencia tras abandonar a su profesor de sociología... ¿o era sicología? No sé, todos son aproximadamente iguales. Es curioso observar cómo hay días en que parezco un niño sin salir del cascarón, un señorito aprendiendo su profesión de burgués. Pero todo esto me divierte. Total... qué más da. El tiempo no tiene ninguna importancia para mí... ¿O es acaso lo que más me importa? Mis alicientes serán sólo momentáneos.

Ojeo el reloj, faltan minutos para la una. Hoy, veintiocho de diciembre, cumplo veinticinco años. Imagino cuando alcance los veinticinco siglos y no puedo por menos que bostezar.

Débora entra vestida de pirata, quiero decir con uno de esos pañuelos de colores vivos atado a la cabeza. Besuquea a su mamá y corre hasta mí: —Bernardito, muchas felicidades.

—Gracias, Barbarroja.

Diez cucús, las estrellas se alinean entre los listones de mis persianas. Veo en esto un estigma capitalista. Débora se revuelve sudorosa a mi lado, el camastro es el Mar Rojo.

Leo *La Caída* de mi amigo Camus, cansado de jugar con la pequeña. «Desde luego que el amor verdadero es excepcional. Sobrevendrá más o menos dos o tres veces por siglo...». Ciertamente yo viviré grandes amores, esto me incita a sonreír, pero repito que estoy demasiado cansado, sobre todo del juego bucal.

Las relaciones con Débora crisan mis nervios, es más pesada que un sermón y más difícil de quitar de encima que mi alma. Continuamente va colgada de mi brazo, como un paraguas inservible, habla de nuestro noviazgo a voz en grito. La buena señora Beltrán seguramente monta los preparativos y no me llama aún hijo de puro milagro.

La carta de Marta llegó como un salvavidas a un naufrago. El viejo David necesita un mecanógrafo para pasar a limpio su gran antología, que anuncia desde hace varios años, *El Amor y el Tiempo*. Marta le ha convencido de que yo soy el hombre adecuado... Y es verdad, la máquina de escribir no guarda secretos para mí. Hoy, madrugada del tres de enero, me despido de la señora Beltrán y de su perrita Débora, y parto en el tren hacia mi nuevo destino.

Por la ventanilla, la ciudad da sus últimos coletazos, cada vez quedan menos trozos de dispersas urbanizaciones. El campo me llena de algo semejante a la felicidad. Los recuerdos se dan la mano en mi cabeza, se hacen cosquillas en las plantas de los pies con su picante pluma que siempre vuelve como un bumerán. Abro mi agenda por el centro y leo uno de mis antiguos poemas:

*«Tensa el pellejo
de la noche
el vuelo del pájaro
antorcha,
arborece al pie
del légamo
como un anciano sauz
y en el arribo del alba
no es otra cosa que el sol».*

Me asombra que yo haya podido sentir esto, seguramente está escrito antes de enterarme de mi don. Miro la fecha, ya han transcurrido dos inviernos más. Ciertamente yo entonces ni siquiera intuía mi verdad, sería por eso que amaba cada momento de mi vida. A las cosas pequeñas, que surgen de improviso, a las hojas cargadas de agua en los árboles de un parque, a lo que mueve la brisa: miles de boliches que derraman sus colores en el mar. A todas las leves sensaciones. Rememoro mis horas de contemplación y luego los cientos de haikus que depositaba como huevos de oro en cada rincón de callejuela, que el sol derretía en un pequeño charco dorado, en cada plaza de palomas, en mi letrina, entre los senos de una mujer. «Doquiera el pájaro esté: la agilidad de las montañas».

Y ahora que me siento feliz al recordar que en un tiempo fui feliz, pero desesperadamente anhelo sentirme muerto al olvidar que en un tiempo viví. Oh, cada vez que lo pienso, tiemblo. «All I really wanna doooooooo-bodylaniego alegremente is babe be friends with you».

La imagen de la joven Débora retorna a mis sentidos. El largo y tedioso baile de fin de año en su carcomida mansión. La señora Beltrán, evocando a su difunto marido, se pasaba las horas muertas viéndonos bailar. De los poros de Débora subía un perfume que me adormecía, sus sobacos exhalaban algo así como lirios en retrete. Era ridícula esa serie de movimientos con una torpe mediomujer, medioniña, mediovieja. No comprendo aún cómo toda aquella chusma lograba divertirse en semejantes sandeces (aunque yo gozaba, hace ya años, en cosas banales que ahora detesto). Por ejemplo, lo hubiera pasado muy bien con una muchacha como Débora, construiría con ella una frase perfecta, donde las escasas virtudes detienen el torrente de defectos y el amor parece flotar sobre tanta miseria. Pero conociendo mi estado real, eso es imposible, no puedo fingir o al menos me cuesta muchísimo más trabajo que antes, mi voluntad ha disminuido. De todas formas, como ya he dicho, ahora me encuentro bien, con el aire del campo en mis cabellos, el licor del paisaje traspasando mis ropas como un baño interior. Para distraerme acudo a las rimas de Bécquer que Débora me regaló en mi cumpleaños (no demuestra excesiva imaginación el obsequiar un libro, que para colmo ya tenía, al dependiente de una librería). No obstante, se lo agradezco, siempre es mejor que cualquier baratija de metal. La única que acierta plenamente con los regalos es mi querida Marta, sus dibujos, xilografías, discos, etc., me colman.

De pronto se me ha ocurrido crear una dinastía de inmortales, fundar la raza perdurable. Los pensamientos se enredan... ¿Sería éste un don hereditario? Luce maravilloso... ¡No, es sadismo puro! Como si las pobres criaturas que nacen no tuvieran bastante con vivir unas decenas de años para hacerlas sufrir indefinidamente. ¡Horror! No me perdono el pensar estas cosas. La idea de que la inmortalidad no es hereditaria me alivia el corazón. Mi padre era un perfecto mortal, demasiado mortal, pues murió antes de los cuarenta. Y mi madre igual... Vuelvo a respirar.

Una sirvienta prototipo abre la puerta de la gran casa blanca. —El señor David Peces, ¿es aquí?

Sé que soy superior a todos y por temor a que ellos sufran complejo de inferioridad les hablo con esmerada educación y aire bonancible. Espero en un amplio salón repleto de retratos de antepasados barbudos. Los objetos brillantes se clarean entre sí, se prestan sus luces en reflejos continuos. Por un instante pienso que he venido a esta casa a cizañar, a romper el orden y equilibrio con mi presencia un tanto fuera de tono. Las figurillas de cristal centellean como luciérnagas en la noche, mis ojos en el espejo delatan mi demonio interior con su destello de rubíes. Parezco el consiliario de una extraña sociedad venido a cobrar una antigua deuda de sangre.

Marta desciende las escaleras, sonrío al ver que no estoy convaleciente.

—Bernardo, dioscito querido, diablo mío —en el último peldaño. La abrazo, apoyándola en un mueble de grandes vitrinas, la entreperno bruscamente, las porcelanas vibran, mis labios reconocen el sabor de los lirios a la orilla del río.

—¡Bruto!... Déjame ahora —contrayéndose.

Pero es ahora ella quien se cuelga de mi cuello y seguro que reconoce el sabor de los cuchillos al deshilar la piel.

—¡Bruta! —reímos.

—Ojos de lazulita, ¿has pintado algo nuevo?

—¡La mona!

En esto oímos el chirriar de una silla de ruedas. El viejo David avanza lentamente, dedos jaldes por el tabaco, parece un vestigio podrido.

—Buenas tardes, brujo amigo —su voz es aún más débil que la última vez que hablamos—, jorquín de largo cabello, monaguillo de la iglesia de Luzbel, amante del violín... eléctrico.

—Oh, alabado seas anciano querubín, finchado dramaturgo —me revuelvo en una reverencia versallesca—, inmaculado vate virgen.

—¡Desvirgado! —bate su dentadura postiza.

—¡Oh, no, matusalén de los poetas, has caído en el pecado! —Marta me tira de la chaqueta mientras hablo.

—La señorita Marta Escobedo es la culpable —desliza la mano por su blanco pelo y pee disimuladamente.

—¿Yo? —Marta arquea las cejas.

—¡Tú! —David y yo a dúo.

Descanso en la habitación que me han asignado. Dentro de unos minutos bajaré a almorzar. Las conversaciones con David prosiguen igual que la última vez. Aparenta estar alegre en sus postreros días con vida, pero en el fondo estoy seguro de que no tardará en reventar. Sólo yo podía alegrarme de verdad si supiera que iba a morir. Abro mi maleta, en un borde mi cepillo de dientes se enreda con el revólver y las hojas sueltas de mi agenda. Desde el último suicidio no he vuelto a anotar nada, no vale la pena. Al paso de los siglos mi agenda ocuparía un millar de tomos... Y ya está bien.

Marta me ha contado en un momento en que quedamos a solas, mientras David iba a hacer pis, una de las pocas cosas que aún puede realizar por sí solo, que la muerte del anciano no se prolongará más de un par de meses y que ha puesto toda su esperanza en su obra antologizadora de poemas, novelas, ensayos... y que se calcula en unos dos mil y pico folios que yo pasaré a máquina. Le comenté que era un trabajo muy duro, pero ella en seguida me aturdió con la alta suma de dinero que cobraría. Además, David le dejaba a ella todos sus bienes, ya que no le queda un pariente con vida, «oteo un futuro próximo bastante agradable», reía Marta.

—No hay nada como comer bien —David, acariciándose el lobanillo.

—Sí, ver orvallar sobre un césped fino —Marta salpicando poéticamente.

—Esta noche los lobos otilarán, Bernardo —David habla, mientras un tic nervioso le obliga a orejear—, sus profundos aullidos te inspirarán, ¿no?

—Ya no escribo —hincándole el diente al pato.

—¡Cómo es posible, Bernardo! —David, algo encrespado—. Eres un gran poeta.

—¡Es una mierda! —Marta, jocosa.

—¡Calla, menstruosa adolescente! —David, con la mollera incandescente.

—El maná del cielo no me toca.

—¡Imbécil! —se le inflaman los ojos.

—Cálmate, David, luego te lo explicaré.

No me acordaba de que el viejo Peces no aguanta que uno de sus discípulos —y así me consideraba— cesase de escribir sin motivación alguna. Él había prologado mi primer poemario y esto le confiere un magisterio paternal sobre mi persona.

12

Tengo la ventana semiabierta, la cortina se levanta levemente como una cabellera de mujer. La noche me mira y el soplo de invierno toca mis labios, la brisa trae trizas de césped que llegan a mí como mariposas a la luz. Ni siquiera pienso. La almohada semeja un prado donde la yerba nunca ha sido cortada, mi cabeza se hunde como en la arena del fondo del mar. Mis dedos juegan con mis dedos. A mi lengua vuelven todos los sabores que he sentido, como la más loca de Babel confunde los idiomas de mi mente. Desdoro todo lo que Midas tocó. ¿A quién puede mitificar un inmortal, sino a sí mismo? Las joyuelas que brillan en lo negro son los ojos de los animales, ya muertos, que vigilan a sus amados y les alumbran el camino al abismo. Marta y sus mil gemelas descansan a mi lado. En el cristal de la ventana veo mi imagen eviterna. El estómago de Marta plañe la única música de esta noche. Recuerdo a mi mamá tocando el tambor en mis nalgas talcosas que despedían un polvo que hacía estornudar, como al atizar una alfombra. Martita ha abierto un ojo: —Duérmete ya, pelilargo loco.

Estoy soñando literalmente: Otra mañana más el extraño individuo descansaba sobre mi vientre su cabeza microcéfala, sin el menor desperfecto. Ya me empezaba a mosquear. Semejante situación requería una respuesta. Meses antes adquirí en la librería de un infierno el cuadernillo que aclaraba todas las posibles dudas referentes a los seres que de improviso encontramos sobre nuestro estómago, debidamente hinchados por aquello de la salud, y sin objetar lo más mínimo se proclaman dueños de la susodicha parte del cuerpo. Mi pecado era desconocido, siempre moldeé a gusto a mi familia, descubrí los amantes de mi señora (doña Marta) con suma delicadeza, sin crear molestia alguna. A mis hijos nunca les permitía prolongar sus actos fuera de lo normal, nada de excentricidades, ducharse una vez al año y en peligro de muerte usar jabón, no más. Sin caprichitos los nenes han crecido guapos y en extremo decentes como cualquier persona que se digne mantener su apellido a una altura equilibrada, sin bajones que luego resultan feos.

Aclaradas las dudas sobre mi honestidad, ruego que este problema quede zanjado. Oh, mi Señor, en el nombre de Dios, etcétera. —Buenas noches, digna esposa, hazte a un lado (disimulo, pero le he divisado un amante —David— bajo la alfombra de peluche amarillo). Ella silba, queriendo camuflar su feo pecado, ¡oh, vil mujer! Mañana la sorprenderé cuando le sirva el desayuno en la cama, destaparé rápidamente sus sábanas, vociferando: ¡No, otra vez no, largo, largo, no palpéis mía cónyuge!

—Buenas noches, Bernardo, tranquilo, todo saldrá bien.

—Sí, sí.

Esta mujer no es profetisa, pues ya he notado otra vez al extraño individuo abrigándose bajo mi camiseta veraniega, sudorosa de bondad. Le soplo al oído: —¿Estás ya alojado?, buen parásito.

—Yes, I'm —deduzco su acento inglés. Reina Isabel no debería permitir que súbditos de su graciosísima majestad ocupasen vientres extranjeros, así, así como si tal cosa no ofendiera nuestro realísimo linaje hispano. —Listen, gusano, doyou speack español (dos años con miss Alexandra en San Ildefonso hacen que mi dicción inglesa sea realmente perfecta).

—Sí, majadero, hablo tu majestuosa lengua...

—Gracias por lo de majestuosa, pero es otra cuestión la que me impulsa a añadir un rigor casi científico a esta conversación. ¿Qué haces, si puede saberse, sobre mi vientre?

—Vigilo, humano, te vigilo y no te muevas que padezco incurable jaqueca.

—¡Estoy profundamente enojado con usted!

—Pero sí te vigilo, y vigilo bien, no lo dudes.

—Sí, podrás ser un buen vigilante, pero eres repulsivo.

—Así me pagas mis cuidados, mis esmeros por ti. ¿Crees que podrías vivir sin mi presencia sobre tu hinchada tripa?

—A que te arreo un tortazo, gusano con alas...

—Has dado en el clavo al nombrar lo de las alas.

—¿Alas, he dicho alas?

—Sí, toca mis dos hermosas alas... A ver, ¿quién lleva alas?

—Las mariposas, ¿no serás un mariposa?

—¡No, cómo has podido imaginarlo, si a mí me enloquece el ente femenino!

—¿Que tengan alas, no?

—Por supuesto.

—Murciélago, ¿eres un murciélago?

—¡Qué va, detesto la sangre!

—Ya, pero me refiero a murciélago, no a vampiro, ¿acaso estás influido por el cine?

—Imposible, arriba no hay trastos de esos.

—¿Arriba, o sea que arriba?

—Sí, arriba... ¿Por qué llevar alas, si no?

—Pues como no seas un ángel...

—¡Eso, mano, soy un ángel!

—Jua, ahora el mariposa me hará creer que es un ángel.

—¡No me llames mariposa, que pecas!

—¿Qué sabrás tú del verbo pecar?

—Yo y pecar estamos literalmente unidos.

—Ya, ya, un mariposa peca, ¿no?

—Bueno, según... Sabes bien que si el pobre nace así no peca, o peca en venial, pero si resulta que no nace tal sino que tal y tal, pues entonces peca en mortal. Yo de eso del pecado sé un rato.

—Te armas cada rollo, macho, que no hay quien te entienda.

—No, si en verdad no es que sea macho.

—¡Jua, te cogí, lo has confesado...!

—Pero tampoco soy hembra, ¡coño, que soy ángel, tu ángel de la guarda!

—¿Y aquello del ente femenino?

—Me gustan los ángeles femeninos, no más.

—Hazte a un lado, tío cínico... ¿O tía?, quién sabe... Y deje de arrastrarse por mi vientre.

—Una pena esto del vientre, ¿eh? Generalmente mis congéneres están en el ambiente, en la atmósfera que respiráis, en la sopa, en todas partes y en ninguna, como eso del catecismo... ¿Me sigues?

—Sí, dale.

—Pues nada, que a un servidor le ha tocado habitar tu panza.

—¿No te estarás cachondeando?

—Oye, te lo juro por el Jefe que yo nunca miento.

En esto el amante de doña sintió unos mareos y vomitó estúpidamente sobre la dama, que saltó de su cama rumbo a su marido en plena plática con su ángel. La señora apoyó su trasero sobre... y éste gritó, pues la gran perra pesaba lo suyo.

—¡Ya me ha roto usted un ala, desgraciada!

—¡Ay, qué es lo que tienes en tu estómago, maridito!

—Nada, hija, cosas mías. Regresa con el que me suple en ciertas tareas.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues si se os nota, ¿crees que soy tonto?

—Pues sí.

—Oiga, buena mujer, que su esposo y yo tenemos asuntos pendientes.

—¿Pero quién diablos hay aquí?... Si parece mantequilla derretida, ¿una momia, un gusano, un horrible ovni?

—¡No me insulte, vieja ramera!

—¿Yo vieja, has oído eso, cielo?

—Sí, niégalo ahora, eres vieja y lo otro...

—¡Buuua, yo no te he traicionado nunca!

—¿Y entonces quién es aquel personaje que vomita en tu lecho?

—¿Qué, cuál?, yo no veo nada.

—¡Callaos, por el Jefe, me tenéis harto. Un ángel es un ángel y se le debe cierto respeto!

—¿Un ángel, tienes un ángel, cielo?

—Sí, y tú no tienes porque eres bobalicona y fulana, tararí, tarará.

—¿Cómo dices, he oído bien? ¡Ah, estás imposible!

—Oiga, señora, ¿dónde tiene a su ángel de la guarda...?

—¿Decías algo, rubito? Te das cuenta, cielo; esta cosa, mirándola bien, es monísima, o ísimo, según... Cua, cua.

—Tú siempre en real coqueteo, ¿eh, querida? Lo de querida te lo digo por costumbre, no creas...

—No, si no creo... ¿Cómo te has podido casar con ella?

—Tú sabrás... Si eres mi ángel, tuya es la culpa.

—Oye, sin pruebas no acuses. Como decía antes, señora, ¿dónde tiene a su ángel?

—¡Aquí! —(desabrigó su sostén mostrando una rata con alas).

—Ja, el clásico síntoma del pecado. Me explicaré: nosotros recibimos una mutación, si pecáis nos convertimos poco a poco en asquerosas ratas, y si os mantenéis puros continuamos siendo realmente atractivos, lo reconozco.

—Mirra que trocarme ura prutra —vociferó el ángel rata—, es tranto, tranto lo que

preca que estroy echro ura ratra jrediondra, casri nro pruedo harbrar... qué ascro.

—Cielo, ¿por qué no intercambiamos ángeles?, el tuyo es tan lindo.

—Calla, esposa en teoría, lárgate con ese gamberro guarro como tú.

—Oiga, sin insultar —alarmado, el amante—, que mi profesión es playboy, o guyfriend. Gano honradamente mi dinero, lo que pasa es que con algunas señoras, como la vuestra, es imposible aguantarse las ganas de vomitar.

—¡Anda, me ha llamado «provocavómitos», pégale, querido, pégale!

—Yo no mato ni a una mosca.

—Tru marridro esr ur crobardre, aggjj, aggjj.

—Oye, tocayo, no insultes a mi protegido, y piensa en los suplicios del Jefe.

—¡Craya, marriprositra, aggjj!

—Hala, chata, págame lo que me debes, que esto se está enturbiando.

—¡Pero aún no has cumplido!

—¡Plafft! —bofetón del esposo a la esposa.

—¡Tome, lárguese! —arrojando unos billetes corroídos al amante—. ¡Y no vuelva a pisar esta su casa! Mi señora entrará en un convento a orar por sus pecados, mi ángel hablará con el Jefe a ver si es posible sacarle esta rata y traerle un nuevo querubín.

—¡Atrévretre yr tre arrancro ur ojo, aggjj!

Portazo: el amador largóse.

—¡Noooo, has roto un feliz flechazo, estúpido celoso, impotente de mierda, me mudo a casa de mi madre...!

—¡Que es tan golfa como tú!

Y se fue así, como estaba, desnuda, volando por la ventana, con el sostén en la mano y la rata erguida en su cabellera (¡aggjj!).

—Al fin solos, angelito. Recuéstate en mi vientre y vigila bien.

La sirvienta ha llamado a la puerta. Marta no está a mi lado. Me siento extraordinariamente alegre. He debido de decir «pase», pues la fámula se me aproxima con una gran bandeja temblándole en las manos, la cofia ladeándose hacia su izquierda.

Mientras el último churro es engullido con voracidad, Marta entra vestida de rosa, una ridícula pamelita adorna su cabeza.

—¿Qué soñaste anoche?

—No sé, ¿por qué?

—Te carcajeabas como un demente.

—Sería de tus nalgas.

—¡Degenerado, ni en sueños puedes pensar en otra cosa! David y yo vamos a pasear.

—¡Qué bien!

Estoy vestido como un dandi, un pañuelo blanco abriga mi cuello y el recién afeitado me rejuvenece. Contemplo el campo desde la azotea. Marta y David parecen dos figuritas de ajedrez sobre un inmenso tablero verde. Ella impele su sillón de ruedas como el cochecito de un bebé, sin ninguna dificultad. A ratos se inclina para oír algo que le dice David, ambos ríen —no lo veo, pero lo intuyo— y ella pasa su mano sobre la albina cabeza que desde aquí semeja una pelotita de tenis.

No siento ni el menor conato de celos. Eso sí, envidio su condición de moribundo.

Por fin descanso un momento, obrando tranquilamente en este hermoso cuarto de baño que David ha ornamentado con versos de un erótico muy suave, casi infantil, y un par de dibujos de Marta en los que se reconocen varios personajes famosos en la misma posición que yo ahora adopto. He trabajado todo el día —excepto el momento de la azotea y los intervalos de las comidas— mecanografiando todo lo que David me ponía delante, ya fuesen libros publicados e inéditos, rápidos manuscritos y hasta algunas improvisaciones no muy afortunadas. Él sabe perfectamente la proximidad de su muerte, pues todo esto me parece un tanto atropellado. Lo curioso es que el viejo no lo hace por su, ya halagada, vanidad, sino como una suerte de favor hacia el resto del mundo. Para que los millones de seres que no conocen su obra, que en consecuencia ignoran la máxima cota de la literatura, no mueran sin haber probado su exquisito elixir.

A cada «blop» que canta el agua, siento un alivio que me discurre por todo el cuerpo. Viene a mi cabeza el póster de Zappa en su aseado retrete, su mirada sibilina, sonrisa de Monalisa masculino. Río como un caballo, halo de la cisterna como el timbre de un autobús, permanezco sentado, el roce del agua calma el dolor de haber posado todo el día frente a la máquina como un guerrillero muerto en su nido. Y entre esta escatología vislumbro el cenit de la pureza...

Marta me ha prometido subir. Estoy ya impaciente. Los poemas de Ungaretti resbalan entre mis dedos sudados, el libro del turco Hikmet sirve de almohadilla a mi cabeza. Oigo unos leves pasos trepando por la escalera, lanzo los vates bajo la cama, siento que uno se zambulle en el orinal, me incorporo suavemente.

—¡Oh, Bernardo, no sabes lo que me ha costado! —Marta chilla con el aliento—. El viejo no podía dormirse, le he dado unos somníferos, cosa que siempre se resiste a tomar.

—Ah, ya, vale... —mientras la acomodo entre mis zarpas.

Marta no duerme en el mismo cuarto que David, pero sí en uno contiguo. Aunque mientras yo esté aquí exigiré su compañía.

Nuestros cuerpos están extenuados, han transcurrido largas horas, un trozo de luna alumbra sus senos.

—¿Te has acostado con el viejo?

—No puede —cuando Marta dice esto, yo recuerdo al profesor de mitología de Débora—. Su enfermedad no se lo permite y además, el pobre, añade que su cuerpo pudriría el mío.

—¿Pero eres feliz acompañándole?

—Sí, te repito que le quiero...

—¡Como a un padre!

—No, como a un hijo.

—¡Saturna! —mientras le palpo el vientre.

Estoy soñando literalmente: Desde hace siglos mi cuerpo trabaja sin descanso en el fondo de una mina. Abro la tierra con un hacha y los más raros minerales saltan como géiseres hasta cegar mis ojos. El zafiro estrellado paladea el aguamarina, el viento retumba con furia descuartizando ágatas y paredes de jade. Cangrejos crecen de los charcos de mi sangre con ópalos en las cavidades oculares. Berilos y turquesas macizan todos los huecos de la gruta, granates uwarowitas forman un largo techo de estalactitas. La puerta de la gruta queda obstruida por una montaña de hormigas rojas. De repente un temblor helado me revuelve el cuerpo, grito, arañeo, me lanzo salvajemente contra la muralla de hormigas, les cerceno sus cráneos como los campesinos rapuzan la mies. Las muerdo y aplasto con mis pies descalzos, heridas se amontonan en mi carne, el tortuoso bregar atrofia mi figura con llagas. Por fin consigo hacer un hueco entre las hormigas, una pupila se sale de su órbita para tocar la luz del sol. Esto me da nuevos ánimos y, mientras estrujo con mis manos sus tórax de gelatina, ellas me ponen la cara como la de un boxeador derrotado. Atrapo con un dedo un matojo de yerbas del exterior, poco a poco el resto del cuerpo también lo alcanza, los insectos hincan sus dientes rabiosos, al sentir que su presa se les escapa. Respiro aire. He salido hecho jirones, vuelvo el rostro y ya la muralla vívida se ha vuelto a cerrar, algunos de estos bichos han anidado en mi piel, me deshago de ellos con placer. Ha sido una auténtica revolución y he vencido. Me arrastro y gimo como un pájaro caído en un zarzal. En el centro del campo ojeo un espejo erguido. Avanzo tenazmente, como un ofidio acecha a su víctima... Al fin alcanzo el espejo: observo la más horrible figura humana. Todo mi cuerpo tiene una capa superpuesta, comienzo a desprenderme la piel que ha sufrido siglos de esclavización, la lucha contra los tiranos, el olor mohoso de la más profunda gruta. Me arranco el cuero cabelludo. Mi otra piel, la que siempre ha permanecido en mi interior salvaguardada de la inmundicia, es incolora y mis ojos verdes parecen dos esmeraldas en la nieve. Me desembarazo de la capa de pelo y musgo de la lengua, una costra pútrida sobre mis auténticos dientes de leche, la máscara cae como una casa derruida. Despedazo la epidermis de mi tórax, sexo, piernas. Quedo como un montículo de nieve y a mis pies un charco de carne purulenta y mugre.

Me muevo ágilmente como un potro salvaje con las crines mojadas por la lluvia. Me encamino al gran río. El frío penetra en mis huesos como cirios. Toco el agua y en agua me convierto.

Marta me ha despertado sin querer cuando se disponía a levantarse.

—¿Qué hora es? —mientras miro una hormiga aplastada en mi mano.

—Es el alba, amor, y tu niña se va.

—Esta noche llegan los Reyes Magos, Martita.

—Por la tarde pediré permiso a David para que interrumpas el trabajo y me acompañes a comprar.

—¡Como en los viejos tiempos!

—Pero has de ser un niño bueno, porque si no los Magos sólo te traerán carbón...

—¡Y los capo!

—Bernardito, no blasfemes —agita su mano como si fuera a reprenderme.

—Sí, te lo juro, abuelita, seré bueno.

En un instante han desfilado por mi cabeza todas las epifanías, en las que nunca he perdido una pizca de ilusión... Pero será aburrido tener un infinito número de noches de reyes.

—Hasta luego, Marta.

—Bye-bye.

Las tres de la tarde. Marta habla con David, le pide permiso como a un carcelero, él medita rascándose el lobo, estoy apoyado en la ventana, los encandilo con mi pitillera de metal. Siempre he creído, y lo sostengo, que lo mejor que posee David Peces es su nombre y apellido, según he investigado ése es realmente su nombre de pila. ¡Quién lo tuviera!

Su antología *El Amor y el Tiempo* parece estar encinta de nueve meses con trillizos, mis dedos la odian a muerte, se podría emplear como papel higiénico para todo el país.

A las seis y media en la ciudad el sol se oculta, hace rato que llegamos en el taxi que David pagará. Marta va colgada de mi brazo, fumo en pipa recién comprada. Las calles rebosan de señoras con paquetes bajo los sobacos, entre las piernas, como cántaros a la cabeza. Casi sin querer entramos en unos grandes almacenes empujados por la gente que se apiña como en el Metro. Una mujer de pelo alborotado se apropia sin disimulo de unos soldaditos articulados... pero no dos ni seis, sino veinte, treinta. Los va lanzando dentro de su enorme bolso como un ejército que se despeña por un abismo. Un dependiente la ve, sonrío con cinismo, se acerca. Nos interponemos adrede. La mujer inicia la huida con el saco al hombro, se mezcla con la masa, sale. El empleado, bigotito, laca, corbata de pajarita, tropieza con los adornos de navidad, se enreda, cae sobre una niña. El padre lo insulta, la pequeña llora, el jefe de sección se echa las manos a la cabeza, otras señoras, contagiadas por la primera, comienzan a vaciar cajas de soldados. ¡Por Satanás! Es un jaleo de película, nos escabullimos asustados. Para David compramos una daga japonesa, a ver si le da por el harakiri, estatuillas de marfil y una cruz gamada. En la tienda de discos unos estudiantes, mientras conversan animados en una jerga que sólo ellos entienden, interfolian singles entre sus libros. Uno, flaco y peludo, agarra brutalmente un LP y baja rápido los escalones. Al ratito lo veo subir del brazo de dos dependientes con cara de polis. El chico protesta cabizbajo y sus amigos lo miran como a un mártir de la revolución. Compramos a Montgomery, Mahavisnu, etc. Marta, en el otro extremo, adquiere, seguramente para regalarme, lo que me falta de Bach. Preguntamos por viejas melodías nazis, pensando en David. Pero la empleada nos pone una cara de ignorancia supina, mientras se vuelve bruscamente y arrea un tortazo a un muchacho barbudo que va dando rabos a todo bicho con faldas. Sin querer he metido la pipa por el ojo de una anciana. Pero cuando voy a disculparme la víctima ha desaparecido arrastrada por la plebe.

Al pasar frente a los escaparates de Osiris, observo a la señora Beltrán despachando libros con esmero. Varios compradores miran extasiados las piernas de Débora, subida en un escabel con gruesos tomos en las manos. Marta me reprende con la

mirada ante semejante espectáculo, yo ya le había contado todo lo referente a la colegiala. Ahora abordamos una lujosa librería donde los casos de cleptomanía profesional y amateur se dan más profusamente. No hay quien abandone el barco sin un par de libros bajo el abrigo, o al menos algunas revistas o tebeos. Marta y yo, para no ser menos, birlamos media docena, Goethe, Tagore... Pero para no levantar sospechas pagamos un libro sobre Hitler, para David.

Las once de la noche. David, impaciente, nos pregunta por los regalos. En el portal la sirvienta abona al taxista, que ha debido salir bastante caro. Cenamos.

—A mí, de pequeño, siempre me dejaban un tambor, es que yo quería ser soldado... alemán —David, bajo un ataque de hipo.

—A mí, una navaja con la que derrababa las colas de los lagartos y luego les abría el vientre con la delicadeza de un cirujano en el quirófano —digo, sabiendo que esto repugna al viejo.

—A mí, un aparato para agrandar los senos —Marta, palpándoselos.

—¡Desvergonzada! —el hipo le agobia, y mientras deglute sorbos de agua sin respirar (por poco se ahoga), Marta y yo nos oprimimos la mano bajo la mesa.

21

Marta acaba de llegar a mi habitación, despachamos los recados en los oídos.

—Yo seré el rey negro —poniéndome la bata.

—Y yo tu paje —me toma la mano.

En el gran salón colocamos los regalos de David. En la puerta de la sirvienta, una cofia nueva con los colores del arco iris y unos tomos de Tintín. Frente al dormitorio de Marta, unos trajes que yo mismo le compré mientras ella se distraía con una amiga, especie de mantos azules que los tuaregs usan en el desierto y en donde la talla importa un pito. Mi botín de libros hurtados y algunos discos free. Ella deposita al pie de mi puerta una serie de paquetes cuyo contenido ignoro, los discos de Bach, el resto de la rapiña cultural. Nos damos un corto beso de despedida y cada uno regresa a su dormitorio. Mientras me forro con mantas, recuerdo no sé cuál ángel en mi estómago.

Estoy soñando literalmente: —Bien, abre el cofre —en tono grave el gordo aduanero. —Viejos recuerdos, no más —el nómada hablaba como un cántaro al romperse—, una clepsidra deshidratada, argollas de similar, aretes con trozos de piel de mujer, collares de espejos trenzados... y esto.

—¿Y esto qué es? —las cejas del aduanero se arquearon.

—Mi alma —susurró el viejo druida.

—¡Por mis tripas que estás loco!, ¿tu espíritu cabe dentro de esta cajita de cristal?

—Mi alma es blanca como mi largo cabello, arrugada y plegable como la piel de mi rostro, realmente habita ese diamante hueco —cabizbajo, el cansado viajero.

—Bien, tu cuerpo y el resto del cofre pueden pasar, pero está prohibido el contrabando de almas —impasible, el aduanero devolvió el contenido de la almohadilla de vidrio al río de la vida.

El anciano pasó jadeando las puertas de la Eternidad.

Los gritos de júbilo de Marta me han despertado. ¡Han llegado los Reyes! ¡Arriba todo el mundo! Bajo rápidamente. La sirvienta se prueba ante el espejo su cofia arco iris, en una mano retiene abierto *El Tesoro de Rackham el Rojo*. David tiene sobre la manta, que siempre cubre sus pies, la biografía de Hitler, su personaje favorito, y besa fervorosamente la svástica. Marta, semidesnuda, coquetea con las amplias túnicas.

—Con esta daguita te cercenaré el pescuezo —David, eructando.

—A lo mejor soy yo quien te corta la campanilla —Marta, con aspecto de tuareg.

—¡Total, ya no hace tilín! —rió como un teléfono.

Las estatuillas de marfil, entre las de terracota y jade, adornan la estantería. Cada uno comienza a leer poemas de sus nuevos libros. Marta, de *El Jardinero Tagore*: «El pájaro libre cantaba: Amor, volemos al bosque. El pájaro preso decía bajito: Ven tú aquí, vivamos los dos en la jaula. Decía el pájaro libre: Entre rejas no pueden abrirse las alas. ¡Ah!, decía el pájaro preso: ¿Sabré yo posarme en el cielo?».

—Yo soy el pájaro preso —susurra tristemente David.

Marta enseña un grueso anillo que David le ha obsequiado. La fámula me entrega una carta, en el remite la dirección de Débora. ¡Ay! Comienzo a leer mientras Marta y David platican sobre la belleza del bigotito del Führer.

«Bernardo:

Soy sincera al comunicarte que sobrellenaste mi corazón. Aún hablo de ti a las paredes, te reamo desesperadamente. Comprendo que a veces me comporté como una estúpida, pero era una niña, tú me has convertido en una mujer. Regresa pronto o me muero. Debes terminar de desapolillarme. Aquí te mando mi regalo de Reyes.

Débora».

Muerdo el medallón de oro como un viejo avaro. Marta nota mi desconcierto y en un instante lee la carta.

—Ya se le pasará. Le dio bastante fuerte. ¿No?

—Estoy perplejo, Marta, y algo tocado en la vanidad.

—¿Quién murió? —David, dedo en boca.

David y yo estamos agotados. Son las ocho de la noche, hemos trabajado durante todo el día con Montgomery de fondo. Me dice que aún no acaba de comprender el jazz, y yo le llamo microcéfalo. Su asquerosa antología está casi terminada. Nuestros nervios bailan alterados.

—Bernardo, el otro día me prometiste explicarme las causas por las que has dejado de escribir.

De repente me han entrado ganas de contárselo todo: —Mire usted, don David Peces, académico, es que soy inmortal.

David se lo toma a chacota y ríe hurgándose la nariz.

Estoy en mi cuarto, algo triste. Han transcurrido ya dos horas desde la conversación con el difunto David. Preparo mi maleta. Abajo oigo trajinar al médico, el anciano sufrió un colapso. Yo tuve la culpa, de lo cual en el fondo me felicito, le conté detalladamente todos mis intentos de suicidio y le demostré, sin que le quedara la mínima duda, mi inmortalidad. Palideció, más aún de lo que estaba, los ojos le saltaron como resortes. Nos envidiábamos, él deseaba mi eternidad para escribir no sé cuántas antologías, sería un suplicio para la humanidad, y yo anhelaba para mí su fácil y cercana muerte. No lo comprendió, tenía tantas ansias de vivir. Por un momento enloqueció, arrojome las miniaturas de marfil, la cruz gamada me dañó una ceja. Le era imposible entender que yo sintiera envidia de su desgracia, que al mismo tiempo era común al resto del mundo. Taconeaba fuertemente y su voz resultaba un continuo tartamudeo. La silla de ruedas se le volcó y cuando se le acabaron los insultos en castellano, acudió al griego y al francés. Su cuerpo se hundía como un gran queso derretido. Se le desprendió la dentadura postiza y el hipo y todos sus tics nerviosos le acorralaron a un tiempo. Los papeles de calco le cubrían como un manto de luto. Le destrocé. Marta lloró de hinojos, el médico, tras hincar sus dedos pinzas en busca del pulso, bajó la cabeza. El título del libro será *El Amor y el Tiempo-Antología Póstuma*. Por supuesto que no acudiré a su entierro, aunque esto me separe para siempre de Marta. Debo de ser un monstruo. Menudo regalo le han traído los verdaderos Reyes Magos: la muerte. Afortunado él.

Me acomodo en mi camastro de la ciudad, recuento el dinero que yo mismo cogí de su escritorio, justo lo que me había prometido. Marta, que ahora me aborrece, será la encargada de llevar su mamotreto a la imprenta. Es lo único que puede hacer para honrar su memoria... y ya puede estar agradecida, pues se lo ha legado todo a ella. Ha sido un día agotador. Ahora recuerdo un sueño algo sibilino: un anciano trataba de pasar de contrabando su alma por las puertas de la Eternidad... pero el pobre fracasó, la condena nunca se elude. Quizá ese viejo fuese David... ¿O yo? En cierto modo todos somos inmortales puesto que el ciclo nunca acaba, lo único que me diferencia de los demás es que yo me reencarno en mí mismo. Bueno, todo esto son palabras. Lo tangible va más allá de la metafísica: no he podido destrozarme del todo mi cuerpo.

Desayunando en el parque recuerdo a Marta. Abro las primeras páginas de mi agenda, por entonces solía asistir a la universidad. Escribía sobre lo que se siente al comenzar lo trazado, uno nace y otro se va a pique: «En el vacío absoluto yacen los momentos inertes, esperando la instalación del ánimo y el desenlace de la acción. Mientras, la caducidad se impone en esta ex-vida de la condena.

Y, de pronto, ha nacido. En las ventanas de enfrente se oyen los latidos que sacuden su pecho. Han sido apenas unos segundos entre las dos corrientes, el termómetro se descuelga en la luz pesada de la oscuridad. El bicho que creció amarrado es la otra muerte, la muerte del cansancio y el desafío que promueven los tiempos en cada lugar, en cualquier mente y en la humanidad sin futuro. Sin embargo, aquí están aún nuestros padres, sentados al borde de la nada, observándonos jugar a ser hombres y puntos que redondean el infinito a lo largo del no existir, marionetas locas al intentar comprender un universo, un tornillo de maqueta que rebota y se nos pierde, advirtiéndonos el peligro de lo incierto y el misterio de lo conocido, las causas que aúnan los gritos no humanos, el agobio de no empezar lo marcado y quizá extinguir la raza.

Me han dicho que sus latidos continúan sin viento que arrase tal desconcierto. Me han afirmado que ese varón cargará un día su escopeta para guiar todo lo vivido y emprender la destrucción instantánea.

Pero me luce incierto, supuse anteriormente esa clase de anécdotas con ilusiones de eternidad y encanto de hada gordita, tontuela. El fin más sincero es proporcionarles una solución.

Cosas así te han formado y deformado, lodo, cielo y la muerte antes nombrada del cansancio sin recompensa. Todo lo que podías anhelar es la fuente de la sabiduría, de la aventura, de la paz... Eso que llamamos amor, el intento de trascender alarmados al derrumbamiento definitivo, lastrado de azar y pobreza; ansias de felicidad y hedor a losa, sin poder salir desde fuera, porque urge entrar, sólo entrar.

Es, apresurémonos, odio...

Al comenzar lo trazado nos sentimos un poco dueños de la verdad y ofrecemos soluciones de remedio, de expurgo y extensión de la mano en forma de filo acechador del aire, empleado en nuestra misma empresa y casi tan pobre como tú. La letanía del desánimo apedrea el ojo del silencio, tan horrible como la música de multitud. El desafío general se cumple cuando nos miramos en el mar de seres contingentes, agradecidos y odiosos a un tiempo, muertos y en pie de vida.

Longitud cercana del horizonte, ella también conoce el porqué, el fin único y el engaño de una unión jamás compartida, el huracán noble de esos críos ingenieros del espacio levantándose mientras se quiebran para reconstruir sus cenizas.

Habían puesto cortinas negras en la ventana vecina (siempre imaginamos lo peor) y aquellos latidos sonaban algo más distanciados. Lo habrán cambiado de cuna, cuarto, casa, simplemente otra voz esparcía sombras entre su ático y el nuestro. Un rostro vacío exclamó algo sobre los niños y el limbo, pero esa certeza jamás surcó mi mente, imposible, inaudito morir sin nacer. Luego reflexionamos: podía resultar cierto si tenemos en cuenta el ahogo seco que sufrían los latidos desperdiciando una esperanza que hubiera sido luz con el tiempo.

El minuto, fracción necesaria para intentar una nueva vida, lanza suspiros sin remitente, tras una insatisfacción que ha malogrado muchos lustros de la raza hoy nombrada. El minuto es el ocaso del hombre emancipado, cuando todo urge un ánimo de sequía (lentos años sin lluvias traen el desequilibrio de la rutina), es, por decir algo, un paquete contra reembolso que demora la muerte o la alarga.

En el vacío absoluto...

De pronto, un llanto te remoja el aliento, sientes cómo fallecen los velos negros del vidrio próximo y las pulsaciones aumentan. Quizá lo han devuelto a su cuna. Oyes el bufido de la batidora y rápidamente piensas potaje, verduras, gallina, manzana... Pero es un niño, no un ogro... papilla.

Sus padres charlan colgados de la persiana sobre el futuro del bebé, todo lo que ellos no pudieron ser, lo que nunca imaginaron salvar de una vida cuesta abajo, les sale hoy en su sendero, ministro, médico, mamá... Un hombre que nace es toda la imaginación en claustrofobia, todas las esperanzas y los momentos que yacían inertes, hoy cobran sentido en una nueva tecla del Cosmos Dios, en ella se puede pulsar blues, vals, tango...

Cosas así te han hecho y deshecho, amor, muralla discontinua con el rumbo en guerra y su molesto agravio: la soledad. Lo has inventado, teóricamente no lo hubieras hecho, pero siempre está el prójimo y sus consecuencias, el azote del buey cuando su mole se derrumba en las promesas de pan que un día hiciera el Creador con su habitual dulzura. Yo me deslizo por el odio...

No podemos imaginar la estrecha vía que abre destierros en lo humilde, pero seguramente existe y es sólo otro paso más hacia la gran incógnita, lo intuido, lo que sentimos a mano, la porosa muralla de lo próximo. De nuevo extendemos la palma suplicando limosna en forma de soplo (en esto recordamos lo del barro, costilla). La solución ofrecida vale unas débiles fábulas que el fuego devora. No atenderlas y ocuparnos de la única verdad, como diría nuestro profesor de ética. Exactamente, el rencor de la masa adopta posiciones, dando lugar a la confesión de su huida.

Has vestido tu mejor traje con tu cuerpo, el espejo te relaja al observarte tan pulcro. Una tenue loción de amor en tu cabello. Compras rápido una sonajera y corres a casa del vecino (te entusiasma demasiado). Mientras cruzas la calzada piensas en los mofletes que lucirá la criatura. Pero cada vez suenan más débiles los latidos. Ya no

llegan de la ventana de enfrente, ahora son tus propias pulsaciones que se están acabando, las últimas... Desplomado entre las dos corrientes te dejas borrar, sumir. Los papás se han soltado de la persiana... Lo han decidido: será funcionario modelo».

Cierro la agenda. Ando movido por un ligero viento. En el estanque mi rostro se desfigura: la cabeza surge por donde se unen las piernas, en eso consiste la Historia. Me encamino a casa de Moisés, un verdadero lobo estepario.

Llevamos rato tocando, los dedos me arden. La trompeta de Moisés es un elefante barritando. Cuando habla está dominado por el hombre, pero cuando canta es un lobo aullador. Me hace temblar. Emocionado me cuenta que conoció a su amada Agnieszka, polaca, de la misma forma que Harry conoció a Armanda (personajes de *El Lobo Estepario* de Hesse). Me lee trozos de su extraña novela, una niña va con una estrella en la mano, se la muestra a todo el mundo, ella es la salvación. Es un hombre que ya estuvo en el infierno y ahora no quiere volver a caer en él, pero, como yo le digo, su mejor poema lo hizo allí. Las latas de cerveza holandesa se vacían y al fin sirven de instrumentos de ritmo. De repente recuerdo una cucaracha que intenté ahogar, pero ¿y si no murió? Le habrá cogido gusto a mi saliva y entrará en mi boca por las noches.

A primeras horas de la madrugada, Moisés y yo recorremos las calles recién regadas. Los barrenderos moros cantan extraños sonos que tijeretean nuestro corazón. Leemos a Pessoa, el primer poeta de la Naturaleza, como él mismo se define. El viento apaga las cerillas que continuamente encendemos. Me paro delante de un astroso perro negro. Sus pupilas me asustan. Los animales siempre me han producido sensaciones mágicas, «animal» es de por sí una palabra mágica. No los quiero a mi lado. Es difícil de explicar: tienen poderes ocultos que desconozco y creo que me odian. En mi infancia tuvimos un perro ciego, por las noches andaba en los pasillos de mi casa de madera, la que está junto al mar. Entraba en mi alcoba y sentía su respiración junto a mí. Parecía como si quisiera decirme algo del más allá. Todos ellos conocen la muerte y les veo sonrisas malignas. Una fina lluvia comienza a caer, el can entra en un jardín y al volver la cabeza sus ojos blancos me hacen temblar. Le digo a Moisés que los poetas que más me gustan son aquellos a los que aún no he leído. Nos calamos hasta la médula, silbando el triste blues que todos tenemos en la punta de la lengua. Sentados en los escalones de una vieja iglesia, improviso versos, algo que no hacía en mucho tiempo, mientras las últimas cerillas se consumen en nuestros dedos. Al arrojar la cajetilla al agua que corre bajo el bordillo de la acera:

*La medianoche cae como un pájaro
herido de sueño,
con tedio pasas la hoja
y el poema sigue su curso
como un río sin fin
te dilata y reduce los ojos
te enfurece y amansa
y mientras la madera acaba de arder*

el sopor llega con el alba.

Moisés me cuenta que durante uno de sus viajes en avión oyó la voz de Van Gogh (su pintor favorito), un grito agudo que resumía toda su vida. Recuerdo que mi padre afirmaba haber visto una especie de ovni en un anochecer en las ramblas de Ceuta, cuando paseaba con una mora. Todo quedó alumbrado por un flash gigante, un puro platinado inmóvil junto a la luna. Todo esto me produce un calorillo interior como después de beber una copa de vodka en una noche de lluvia y algún relámpago para culminar la escenografía.

Despierto sobresaltado. La gran Sensación anduvo por mi cabeza hace sólo segundos. Es algo que siempre me ha ocurrido cuando estoy enfermo, en forma de pesadilla, y a veces me sucede en plena vigilia. La más larga aparición de este fenómeno fue durante un examen de reválida, una sala repleta de estudiantes. De la calle subían sonidos de máquinas perforadoras. Miraba el papel y sólo veía jeroglíficos. El meollo daba vueltas, sudaba y trozos de mi cuerpo temblaban como una serpiente agitándose tras ser rebanada en varias secciones. Música de cascabeles en el cerebro, murciélagos con campanillas de cristal abren las telarañas de mis ojos. ¡Yo qué sé! Unos círculos se cierran paulatinamente, me anonada una enorme confusión, mis sentidos lo perciben todo como si me drogara. Dura unos segundos siglos y pasa, su huella perdura.

Empiezo a distinguir el sol, arañeo mi guitarra, Jazmín, la llamo así en recuerdo de una niñita que habla persa y español, hija de Baha'is. Releo a Pessoa mientras fumo algo de yerba que encontré en un raído calcetín. Música. Parece que un ángel nocturno descansara sus leves plumas sobre mi cuerpo, la lluvia es una cadena de frágiles dedos que al romperse palpan la tierra... Como tristes caballos que nunca alcanzaron el río, mis ojos acaban por cerrarse.

Dejo al primer poeta de la Naturaleza sobre el Dual. Jazmín, la guitarra loca, me late venenósamente en el cuerpo, su piel cenagosa y la boca oscura como un pozo de sangre. Mi cabeza apoyada en el blanco y negro de Hendrix, el tronco enredado y los coritos pies en el techo. Pessoa me lo había separado todo, piedras y plantas en su lugar, yo aquí. La aguja de diamante en la corteza negra de Coltrane, sulfúrico a todo volumen. El disco salta en una nota increíblemente grave, Coltrane rayado como un preso, el saxo con voz de ofidio herido y mis sienes estrechándose. Mi cuerpo entra en Jazmín, mi carne rota hincada a la madera. El póster de Jimi jadea en mi nuca, ah, su aliento de perro y ángel. No puedo respirar, me arde la cerviz y cada fibra del alma metálica de Jazmín en los trastes. ¡Horrible disnea!... ¿Pero las guitarras respiran? No, no me hacen falta los pulmones, ni corazón ni mente. Distinguidme ahora que exploto. Astillas de música en la pared.

Alguien toca el timbre. No sé bien lo que ha pasado, la mano hundida en el hueco negro de Jazmín, la cuerda sexta me rodea el cuello. Serpenteo hasta la puerta. Contemplo a mis dos amigos judíos.

—Por el periódico nos hemos enterado de la muerte del literato fascista y venimos a celebrarlo contigo.

Descanso en sus hombros mientras el más alto de ellos, igual de feo que el otro, comenta que si pensaba ahorcarme con las cuerdas de mi guitarra.

Han transcurrido no sé cuántas horas, mis amigos me depositan en la cama como a un muerto que aún coletea. Derrengados se echan a rodar escaleras abajo. Hemos despertado a medio vecindario. Recuerdo mal cómo gozamos el día: en el cuarto de un muchacho que constantemente miraba en un caleidoscopio (tuvo uno a los nueve años, pero lo rompió para jugar con los cristales). Una tulipa roja iluminaba el vaho del vodka que por allí flotaba. B. B. King y J. L. Hooker nos acompañaban. Comíamos y yo preguntaba sin ton ni son: ¿Es pecado morder una salchicha mientras se ejercita la imaginación? ¡Sí, sí!, respondían como en un confesionario. Una perra llamada Yolanda, de raza dálmata y en celo, se nos arrojaba encima y si la encerrábamos en el retrete lloraba justo como una chiquilla. Me volví loco, no como una cabra sino como un rebaño entero. Salí por unos grandes ventanales como los de un invernadero. Me revolcaba en un césped de puercoespines. Recorrimos todos los bares, tenía los ojos cerrados y hablábamos torrencialmente. Pan con queso y tacitas de café corrían de boca en boca, en los autobuses insultábamos a los pasajeros y yo presté mi púa a unos folklóricos. ¡Yo qué sé!

Distingo un sobre bajo la puerta. ¡Aúpa! Tras tropezar con los muebles recojo la carta:

«Bernardo:

Mi más sentido pésame por la muerte de tu gran amigo el celebérrimo escritor David Peces. ¡Aguanta, mi amor! He venido a visitarte pero no había nadie, por eso te escribo estas líneas. Mañana estaré aquí a las tres de la tarde. Mi mamá está muy preocupada por ti, siempre tienes el puesto de la librería a tu disposición. Te adoro.

Débora».

¡Qué ganas siento de retorcerle el pescuezo a esa gansa! Encesto la cuartilla arrugada en la papelera y aún me quedan fuerzas para regresar al lecho.

Anoche soñé algo así: en medio del mar se levantaban cuatro grandes columnas que atravesaban los cirrocúmulos nubladores del cielo. Sobre ellas se erguía un templo en miniatura, en su friso se desarrollaba la acción. Era un deporte que consistía en arrojar al contrario al mar desde semejante altura. Yo siempre ganaba, pero no por ser un gran luchador sino porque sentía una fobia horrible a hundirme en esas profundidades (el mar siempre está en mi mente en forma mitológica, dragones, etc.). Luchaba de una manera espectacular y todos mis adversarios tenían rostros conocidos. Cuando me hallaba solo en el friso me ponía a temblar y los jueces me sujetaban para que no cayese.

Pocas veces he recordado tan nítidamente un sueño, debe de ser un presagio.

Rebuscando en mis armarios he hallado un antiguo test que data de mi estancia en el bachiller: «Personalidad (la totalidad integrada, el temperamento, el intelecto y el organismo físico): Manifiesta una actitud tranquila y sosegada. Su humor es bastante estable y generalmente alegre, manteniendo un gran control y autodomínio de sus propios impulsos y sentimientos. Es constante y metódico cuando trata de conseguir algo que le agrada y seduce, optimista, extravertido y sociable».

Sólo después de leer esto es cuando me doy cuenta de lo mucho que he cambiado, casi radicalmente. Soy otra persona por culpa del don de dones.

De mala gana me he arreglado para recibir a Débora, que ya aporrea la puerta repetidas veces. —¡Quiero vivir contigo! —exclama no más cruzarse nuestros ojos. El sabor de sus acuosos labios me refresca como un vaso frío de naranjada. El cielo parece artificial, andamos lentos sobre el puente. Los reverberos morados en la pasarela proyectan una luz tibia, enfermiza. El gran río ronca bajo nuestros pies. Débora continúa siendo la misma estúpida o quizá aún más, sólo en la cama lo pasé casi bien: no hacía falta hablar. Ella camina delante de mí, llora. Le he dicho que se vaya con su vieja a vender tebeos. Durante toda la tarde me ha repetido que se suicidaría por mí, sé que no es capaz. Ser inmortal es ser Dios y el valor del bien y del mal, la moralidad sólo residen en mí... Mi juicio será el correcto. Débora me estorba, siempre he tenido ganas de machacarle el cráneo, pero esto resulta morboso o innecesario. Ahora recuerdo que ella me dijo en alguna ocasión que nunca aprendió a nadar. Miro su cabeza de serrín, el manto que la protege como un peplo griego. Nadie cruza el puente en estas noches heladas. Cua, cua, un pequeño empujón y ¡zas! Débora no ha dicho ni pío. Su cuerpo en el agua casi no ha sonado, como cuando una pluma cae. La veo hundirse, ni siquiera río, más bien mi boca se torna triste, los párpados pesan como láminas de metal. Ni la luna ni la niebla ni los árboles me denunciarán.

He sufrido unas semanas muy pesantes: en comisaría conté mil y una vez la forma accidental en que Débora resbaló y se precipitó al río, mis vanos intentos de localizarla entre la oscuridad y la bruma. La señora Beltrán con un velo negro que cuidadosamente cae sobre su, ahora más viejo, rostro comenta continuamente que su pobre hijita y yo pensábamos casarnos... y nos queríamos tanto. Yo asentía mientras una tímida lágrima surcaba mi mejilla sin afeitar, dándome un aire de triste enamorado que a todos partía el corazón.

En cierto modo esto tiene bastante relación con el sueño de las columnas sobre el mar. Débora era uno de mis adversarios y se sumió en las profundidades de lo que más temo: el mar.

—Mi hijita está ahora con tu madre, Bernardo, ella te cuidará.

—Sí, señora, sí —la ayudo a cruzar la calle.

—Las dos son los ángeles más queridos del cielo, ¿verdad, Bernardo?

—Seguro, eran tan buenas...

Ahora es cuando la muerte de Débora me pellizca un poco la conciencia, pero no por esa aburrida criatura sino por su madre: manos heladas, jadea al andar, llagas profundas sus ojos. Un perro pasa corriendo entre nuestras piernas, un niño detrás con un aro. Ella cae como una rama vieja, su cuerpo suena a piedra, el bolso se abre y entre un lápiz de labios que ya no lo es ruedan fotos de cuando Débora era una niña, ¡qué deliciosa criatura! Los ojos de la pequeña muerta me interrogan. Qué mal me siento. Rostros nos rodean, agitan a la vieja, el perro ladra, el niño ríe endemoniadamente, el aro en el zapato de un transeúnte, los ojos de la foto no dejan de mirarme. Desesperado me levanto, mi coronilla contra el mentón de un señor gris, grito, abofeteo al niño, el perro me muerde, un policía examina a la señora Beltrán...

—Ha muerto —dice con voz de policía. El padre del niño acaricia su mentón, me pisa bruscamente, el guardia pregunta si la señora era pariente mía, el perro muerde a la muerta, el gendarme aporrea al perro, el niño escupe al policía, la gente ríe, la foto de Débora llora en las manos de su mamá, el gris abre el paraguas, lluvia y sonido de sirenas, los enfermeros recogen el cuerpo, las medias raídas por los dientes del can que muerde la foto, el policía apunta en su cuaderno, el señor del paraguas pregunta si esto es una película.

El vuelo de un mosquito tensa y distiende mis ya rotos nervios. Posa sus patas negras en los gruesos labios de Hendrix. En mi estómago croa un ejército de ranas, tengo la sensación de ser un zar aburrido, un káiser sin uniforme, un papa en un burdel. Vomito sobre mi propio pecho con el recuerdo del perro y la vieja. El cuarto huele a yerba. La gran Sensación ronda por mi cabeza, el campanileo del sexo de una araña que ata con su largo hilo las patas de mi cama. Cada poro de mi piel es una celdilla, las abejas me picotean dulcemente. El laberinto se enreda. Las escaleras de caracol conducen a una puerta de acero, por su rendija se escapa la luz. Graniza con fuerza ante mis ojos. Las calles parecen piernas de mulata, un sudor frío las recorre, los anuncios son pozos de semen fosforescente, mi ombligo la tarántula sáxea, el intestino una enredadera que se anuda a los dientes, bebo colonia, con una cucharilla golpeo el yelmo de mi cabeza. ¿Quién habitará ahora la habitación de las difuntas Beltrán? El fantasma de Débora niña me enseña la lengua, está llena de moho como creo que la tuve yo alguna vez. Sus axilas siguen oliendo a rosas de estercolero. Osiris escapa de la librería sin dueña, todos entran en el pozo. El profesor de paleontología busca un nuevo pene en las latas de basura, encuentra uno de mariposa y se lo incrusta al instante. La puerta de acero comienza a abrirse, un sol enorme se derrama por la escalera de caracol, mi cabeza es la cucaracha ahogada en la flema de mi espectro.

La caspa y la colonia me arden en la crencha, la corbata nudo de horca en mi cuello. ¡No sé por qué demonio han de marchar tan despacio los coches fúnebres! Las flores oliendo a sepulcro, mi aliento de búnker. Entre la gente que debidamente enlutada sigue al furgón he divisado de reojo a un antiguo condiscípulo del bachiller... ¿Será pariente de la vieja? Tanto tiempo sin asistir a un entierro que ya ni recuerdo lo que se hace con los cadáveres. Al de David era absurdo haber ido, al de la perrita Débora aduje estar muy afectado, pero lo de la señora Beltrán me ha ablandado el corazón. Un tipo carigordo a mi lado se rasca continuamente la bragueta, una señorita de cuello de jirafa le mira con disimulo hincando las paletas en el labio inferior. Aguanto la risa más por el dolor de pies que por respeto a la difunta, si los chinos conocieran mis zapatos los emplearían como tormento. El coche frena bruscamente, una grandullona me pisa, muérdome la lengua, sonrío la bestia. Al nicho se alcanza desde un escabel de madera recomida. El olor a incienso cosquillea mi nariz, cuando estornudo el párroco me mira con ojo severo. Todo acaba. El schweppes penetra hasta los huesecillos de los dedos de los pies.

—¡Ay, Dámaso, qué dolor! —pongo mi mano en el hombro de mi viejo amigo, como cuando nos cubríamos en la fila.

—Bernardo, yo la quería como a una madre... y estuve tan enamorado de su hija. ¡Qué familia tan desgraciada! —restrega el pañuelo en sus ojos femenilmente.

—Sí, pobre Débora, yo también la amé mucho —no me crece la nariz como al pinocho.

—¿Pero se fugó con un profesor...?

—¡De pedagogía!, ¿ya lo sabías, verdad?

—Algo oí... ¡maldito maestro! —crispa los puños—. He viajado durante algún tiempo intentando olvidarla... y ahora vuelvo y cataplán, madre e hija bajo tierra.

—Pobre amigo, sabes cuánto te comprendo —disimuladamente bajo la mesa me he desembarazado de los zapatos y estiro los dedos con felicidad, no pudiendo camuflar mi gozo—. ¿Recuerdas los viejos tiempos, Damasín?

—Snif, cómo olvidar la infancia. Tú fuiste el que puso en un papel «mira las pisadas en el techo», lo pasabas de banco en banco y todos miraban inquisitivos hacia arriba. Un día el profe se dio cuenta, nos cogió el papel y también miró de reojo al techo, ¡fue apoteósico, hasta las paredes se partían de risa! Y cuando pasabas aquel papel que decía «en caso de incendio vuelva la hoja»... Intrigados le dábamos la vuelta, viendo en el dorso «sólo en caso de incendio, ¡idiota!».

—Qué buena memoria tienes, Damasín.

—Oye, Bernardo, tú que siempre has sido medio poeta podrás explicarme lo que me ha ocurrido en mi último viaje. Descansaba durante una temporada en un complejo

turístico y un día encontré a una bella y misteriosa muchacha, al momento me enamoré de ella. Me contó una vieja leyenda: érase una vez una princesa muy romántica, amante de las flores, a las que siempre mimaba en el jardín del palacio de su padre, el rey. Y un mal día la quiso casar con un califa, que la quería llevar a su castillo en un monte árido, sin el mínimo asomo de vegetación. ¡Terrible, macho! La princesa se resistió a obedecer a su padre y éste montó en ira, encerró a su hija en una torre que sólo tenía una ojiva por donde se divisaba el jardín. Tal era su cabreo que para culminar el castigo hizo un acto de crueldad sin límites: ordenó a sus guerreros que arrasasen totalmente el jardín. Sin que pudiera ablandarlo el llanto perenne de la infeliz para proteger sus plantas y arbustos. Después el rey se alejó con su corte y vasallaje, dejándola allí sola y cautiva, sin otra perspectiva a través de la pequeña ojiva que aquel erial calcinado... Entonces la joven lloró, lloró abundantemente y sus lágrimas fecundaron el suelo, produciéndose el milagro: el jardín comenzó a florecer de nuevo, las enredaderas treparon por las piedras hasta la mirilla del torreón, en vano las yedras carcomían los pétreos muros de la prisión, los árboles alargaron hasta ella sus ramas para ofrecerle el alimento de sus frutos. Pero todo fue inútil contra la maldición paterna, nada podía el pensil. Y la princesita murió. Este bosquecillo existe en la actualidad y su leyenda persiste en forma de superstición: sus flores son para su princesa muerta, y por lo tanto llevarán la muerte a quien las reciba.

—¡Qué mala leche!

—Pero no acaba aún la historia.

—¿Cuántos fascículos más quedan?

—No te burles, que para mí esto es sagrado.

—Continúa.

—Hacía días que no la veía y me encontraba en un estado depresivo. Era de noche y no podía dormir, de pronto, de muy lejos, me llegó el agorero aullido de un perro... y qué fastidiosa coincidencia, Dios mío, una luz se encendió en una de las ventanas de la casa azul, donde vivía mi amada. La luna me pareció de pronto como si plateara un cielo lleno de mariposas muertas... como un velón de cera, descolgando gruesos goterones sobre la tierra... ¡Qué raro olor a flores! Encendí un cigarrillo, más por tranquilizarme que para lo que, si no estuviera tan trastornado, podría haber hecho: llamar su posible atención con la llamita de aquel acto, trivial para otra persona caso de no ser ella. Miraba fijamente la luz de la ojiva, de repente me di cuenta de que estaba siendo víctima de una especie de ataque de sonambulismo. Pugnaba por despertar plenamente pero no podía. Una fuerza misteriosa me dominaba, me poseía, me arrastraba, venciendo por completo mi voluntad. Una melancólica música de ranas y grillos actuaba de forma hipnótica en mi ser, una infinita dulzura me invadía paulatinamente. Entraba en un jardín que no era el del chalet, aquellas plantas eran bastante más altas y desarrolladas... ¡Estaba en el pensil de la leyenda! Recogí unas

flores y las lancé hacia su ventana. Caí de bruces. Al día siguiente me enteré de que mi amor había muerto a eso de la medianoche.

—¡Guau, increíble!

—Pero cierto. ¿Ves? A quien amo, muere... la chica del jardín, mi antigua novia Débora y su mamá... ¡todos! ¿Conoces a alguien más desgraciado que yo? ¡Quisiera morirme!

—Igualito que yo —un gato husmea mis calcetines, su hedor frío trepa hasta mis dientes.

Mis amigos judíos caminan lentamente por la acera contraria. El más pequeño se lleva las manos a la cabeza y espanta las moscas que anidan en sus rizos. El otro, alto y flaco, está triste como un sodomita exiliado del placer. Consigo que me localicen agitando los brazos, un señor de monóculo cree que le saludo y me sonrío cortésmente. Cruzan la calzada entre pitos de coches, enfundados en anoraks.

En casa una paupérrima brizna de yerba nos hace pasar un buen rato. Dámaso ríe golpeando con unas flores un taburete, ¡el jardín de la muerte en blues! Un judío canta con voz de negro, el otro martillea con la lengua una vieja armónica, yo llevo las palmas como un fervoroso público. En platos de madera les sirvo piñas con duraznos en el centro, como si fueran huevos fritos.

De noche, andando por el muelle, los pescadores parecen momias vendadas de agua. Dámaso, loco de contento, se lanza al mar con un dedo en la nariz. —¡Estoy angelizándome entre lo más puro del mundo: el agua! —nos grita con espuma en los labios. Un judío pone las manos en posición de orar y baja la cabeza repetidas veces, llamando a un gordo y sonriente pescador el buda del mar. El otro gira un dedo en la sien mientras mira al náufrago. El hijo del obeso pescador engancha a Dámaso con el anzuelo, el judío pequeño comenta qué hermoso es el joven pescador ¡un hombre de cobre! El buda retira la caña y susurra que la luna está enojada con él mientras empina un porrón de vino. El judío alto se lo pide y beben juntos. El cobrizo arrastra a Dámaso chorreante, el rizado pregunta a la luna por qué se enfadó con el viejo bebedor, la luna se va y con el alba me acuesto boca abajo en mi cama de cuartel. Los gritos de Dámaso y la música de los judíos se van alejando como el ruido de un motor que cruza una ciudad desierta.

Llevo varios días encerrado en mi escondrijo. Han llamado varias veces. ¿Serán los judíos, el nuevo Dámaso, Moisés, algún pariente...? No quiero ver a nadie... excepto a Marta, ¡qué bien lo pasaba con ella!, total por haberme cargado a ese viejo ridículo, por haber adelantado su final, ya no me quiere ni oler. Ahora estará tranquilamente en la mansión del campo, telefoneando a alguna editorial para publicar ese suplicio, con un dulce fuego crepitando a su lado y truenitos de fondo. Sufro de pesadillas continuamente, una serie de sueños se repiten, un extraño parásito merodea mi estómago, fiestas de demonios, murallas de hormigas y esa estúpida leyenda. A solas con mi humedad le escribo a Marta:

*«Si nos destrozamos en una pesadilla
que no tenga ni pies ni cabeza
y con el corazón dando tumbos sobre las piedras
me obligas a llorar por ti,
a recoger las vísceras que dejas por el camino,
es entonces cuando me echo a dormir
a tomarte en algún sueño,
pero surge otra pesadilla
que tiene pies y cabeza,
algo así como la vida
y es ahí donde acabas
de destrozarme».*

Pagué a un vecino para que la llevase al buzón. Me he construido unas muletas para andar por casa, tengo las piernas muy cansadas. De vez en cuando tomo alguna potación y conservas pasadas de fecha. Leo un viejo cuaderno de dos rayas, amarillento, de cuando yo era estudiante de primero de bachiller... Siempre he sido un sádico, desde esa corta edad afilaba las hachas que ahora uso: «La anciana estaba impávida, con los ojos fijos en su nietecito, que jugueteaba con su lengua y saliva, dejando poco a poco una asquerosa mancha en la alfombra. En la dulce cara de la abuela bailaban las pupilas, oprimía los labios y lentamente se levantó del comfortable sillón. Agarró con sus débiles falanges la tijera que usaba para sus trabajos matutinos, se aproximó al niño que la miraba como diciendo: ojalá te mueras, vieja podrida. Lo cogió por sus manitas y la tijera se empezó a abrir y cerrar. La alfombra recibió trozos de uñas, dedos, muslos, aquella lengua y su saliva. Luego la anciana soltó un suspiro: te ofrezco, oh por mi Dios, este manjar para pagar los pecados terrestres. Y se acomodó de nuevo en su sillón como si nada hubiera pasado, tejiendo una bufanda

para estar bien calentita. Cuando la madre del niño entró en el salón y vio la masacre, se quedó helada, sus pestañas sangraron y se abrieron surcos en su frente, lanzó un espantoso alarido que resonó en las murallas del alma de la abuelita ¡asesina! Entonces la anciana musitó: no ha sido un asesinato sino un infanticidio en holocausto, y rió salpicando a su hija de una flema viscosa. Ahora la abuela está en presidio y se le puede ver a través de las rejas de su celda tejiendo aquella interminable bufanda que como ella dice la quiere para cubrir todo el universo y separarnos del pecado».

La luz traza con sus infinitos poros una raya desde la rendija de la ventana hasta mi rostro, observo con curiosidad el moho flotante, la mugre posada en esa tenue claridad que divide en dos enormes trozos la habitación. Será posible respirar entre tanto polvo, esa vida microscópica es sin duda el primer misterio que surge en el amanecer, la suave línea desdibujada me trae un mensaje, el asco de lo hermoso, el peligro que a cada segundo muestra su idilio con los golpes del corazón, cuando el solo de batería se reduce a leves sacudidas al bombo, salta el último casquillo de la ametralladora, el tren comienza a pararse. Despido un aliento animal, llevo encerrado en este cuartucho el tiempo justo para serlo. Alzo mi vista al techo, es enorme, mis ojos supe siempre que resultaban un tanto mediocres y que el color ideal es el azulísimo. Mi vibrátil imaginación arde en el huevo del sueño, la hélice de mi cerebro parte en dos los sargazos del mar de la monotonía. A veces esta absurda situación me produce una profunda tristeza y rompo a llorar, pero a ratos todo resulta divertido, aquí en un cuarto a oscuras, mudo e inválido.

El silencio, mezcla de miedo y soledad, es lo más difícil de superar, sin embargo no le tengo respeto y grito desesperadamente, aullidos de fiera mansa, dragón doméstico que huye de su propia respiración. Echo mano a mis muletas, las encuentro más gratas que nunca, con lentitud me enderezo, primero sobre la almohada, mi fiel amante, y luego en tierra firme. Estar de pie es balbucir y caer despiadadamente, me vuelvo a levantar y ruedo de nuevo, esta operación la repito varias veces con cierto agrado. Al fin, hecho polvo, opto por quedarme en pie apoyado en la ventana por donde penetra la larga raya luminosa. La palpo con cariño y lamo las motas que flotan sin esmero alguno.

Hoy han introducido una carta bajo la puerta. Con pijama, barba y muletas leo la respuesta de Marta. Es larga y dolorosa, dice cosas como que mi poema de amor no la impresionó. Que soy un idiota con aires de superioridad, por el simple hecho de no haberme podido matar. Que de inmortal sólo tengo las ganas. ¡Envidiosa! La primera vez que me arrojé por el balcón sólo se me quebraron la mayoría de los huesos, meses en el hospital y en paz. Cuando las píldoras —me dice—, entre mareos y vómitos expulsé al momento la dosis letal que había ingerido. Cuando el disparo, la bala sólo me rozó la sien, lo cual añadido a la fiebre que ya tenía me hizo creer que era un resucitado. ¡Que yo he tenido mucha suerte...! ¡Será víbora esa coneja! Mentirme así cuando sabe perfectamente que desde el balcón a la calle mediaba una altura abismal, que aquellas píldoras mataban a un elefante y que al apretar el gatillo sentí perfectamente cómo la bala me abría el cráneo... ¿o no? ¡Claro que sí! Y no lo vuelvo a intentar porque será un sacrificio en vano y me fastidia el dolor innecesario. Sé que me dice estas chorradas para joder, no más... Sin embargo, no dejo de quererla.

En pleno mes de febrero he salido a la calle, es hora de comer algo decente y si bien no puedo morir ni de hambre, me molesta el que se desvencijen mis tripas. Las tiendas repletas de máscaras y disfraces para los próximos carnavales. Moisés me detiene en una esquina y me presenta a la bella Agnieszka. Seguro que me ha prejuzgado mal al observar mi deplorable aspecto, pues aún no he abandonado las muletas, barba y pijama (bajo un enorme abrigo negro).

—Pero si aún falta una semana para los carnavales, Bernardo.

—Je... Es que yo me adelanto a todos, soy profundamente anticonvencional y tengo un humor corrosivo.

Hace rato que se han ido a comprar una aguja de cerámica, bostezo sentado en un portal. Una señora me lanza unas monedas al confundirme con un pedigüeño. Mi rostro se ha averrugado y las ojeras sobrepasan las mejillas, unos niños corretean junto a mí. Los faroles orinados forman un ejército de metal, mis ojos los recorren torpemente, un balón choca en mi barbilla, el niño no se atreve a pedírmelo al ver mi aspecto monstruoso. En el último soldado de hierro descubro a una mujer con una túnica azul, es Marta, y la acompaña un individuo grueso que le dobla en edad, parece David sin parálisis y con más kilos. Entran en un establecimiento. La gente se aparta cuando corro con las muletas al hombro. Por el cristal del escaparate puedo ver cómo Marta se está probando un disfraz de rata, a su acompañante le cuelga del brazo la piel verde de un perro mientras vacía su billetera en el mostrador. Una idea me desvena lentamente todo el cuerpo. Como sé que la gente me toma por loco, aprovecho para hacer locuras, le saco la lengua a una anciana con visión, micciono en un árbol con un cubo de basura en la cabeza.

El autobús de medianoche me deja cerca de la casa de madera, a la orilla del mar. En las rendijas de las puertas y ventanas han crecido alfombrillas de musgo. Hogar, casi dulce hogar. La lenidad de mi vieja cama, las fotos de Jagger desgañitándose en la pared. Indemnes los pequeños detalles, polvo amarillo en los tentáculos de los muebles. Yo, mamante, en una cuna, el talismán de la mala suerte colgado sobre mi cabeza. Las madreperlas abiertas con olor a arena húmeda, la selva pequeña de los cirios desiguales en platos soperos con aceite. Afuera el granizo enoja el campo. Mis pies junto al crepitar de la chimenea (pese a todo, prevalece en mí un sentido del confort), miro con despecho las muletas en la cesta de los palos de golf. Esta noche deseo ser absolutamente sensible, abandonarme en la estela de huellas que bajan al mar y formar orilla. Temblando dibujo mi alma de vaho en el cristal y ella misma se borra cuando escampa. Esa lejana luz que ahogo con un solo dedo es toda mi potencia ajena a mí, cansado corazón de péndulo al pie de la escalera. Quiero ser sauce bajo lo poderosamente negro, o final de río para seguir siendo agua, palpitación

inextinguible. La fiebre me hace brillar como vírgula encendida, todas mis venas conducen al bosque, al enorme placer de ser lluvia. Cada noche que pasa sé menos; cada noche que doblo por sus cuatro puntas, espero que acaben todas para saber nada... y empezar a llenarme.

Rebuscando en la biblioteca he hallado un longevo manuscrito que sólo poseía mi abuelo, su título es *El Biógrafo del Universo*, de autor anónimo. Este incunable consta de quinientas y pico biografías de genios desconocidos por la humanidad. Mi abuelo me leía el libro constantemente, decía que estaba escrito por un extraterrestre que vino a la tierra a hacer justicia con las grandes personalidades que han caído en el más insípido olvido. La primera biografía es la de un poeta gaditano, Santiago Moreno, es de vital importancia para mí, ya que es mi meta. De pequeño yo quería ser como él y aún perdura en mí esa ilusión. Por lo tanto, esta biografía es la vida que yo sueño tener, cosa que realizaré tras cumplir el plan que me he trazado. Como antes he dicho, cuando sepa nada empezaré a llenarme: «Santiago Moreno apartó quejosamente a su bella gitana y asomóse al balcón repleto de rosas. Cádiz ardía como una mujer enamorada, los feriantes gritaban despavoridos: ¡han llegado los piratas! Lanzó un beso a su amante Rocío y raudo extendió una carona de algodón sobre el lomo de su caballo árabe que piafaba ante las llamas. Recorrió el mercado a galope, tirando a su paso puestos de fruta y fardillos de mimbre blanco.

En esa mañana de 1596, brillaban los ojos zarcos de los ingleses, celebrando su triunfal desembarco, sus mofletes enrojecían bajo el efecto del zumo de uvas andaluz. Propenso a la aventura y estruendo como piedra arrojada al cráneo de Goliat, Santiago desmontó frente a la cantina del moro ciego, con trozos de crin entre los dedos. No más entrar, vio a un inglés con chambergo de iris muy acaramelado con la linda Almudena, esposa infiel del ciego moro. Cimbrenño y vigoroso, el caballero incendiador, que frisaba los veinticinco, miró de reajo al mocetón español, de más edad, y enseñóle la lengua cual lienzo chorreando púrpura. Santiago, como un camaleón, pasó por todos los colores y quedóse en un tono amoratado cual rostro de pependenciero ahorcado. Con los ojos fuera de órbita y babeando espuma se lanzó sobre el invasor; éste, nada perezoso, colocó el bien formado cuerpo de Almudena como escudo, gaditano y mora chocaron con gran estruendo y al suelo acudieron entre jarras de ron. Tras esta plausible escena, Santiago comenzó a injuriar al noble sajón con un muy variado vocabulario, pero incomprendible a oídos extranjeros. El inglés, algo ñoño y narigudo, reía a mandíbula batiente. Moreno acabó desgañitado, tras agotar los insultos hasta entonces conocidos.

Ese fue el primer encuentro de Santiago Moreno y John Donne, ambos maravillosos poetas del planeta Tierra, el segundo archialabado y el primero, a mi modo de ver, aún superior a Donne, olvidado y desterrado de la aureola de la posteridad. He tenido que venir yo del más allá (que está más próximo de lo que ustedes creen) para darlo a conocer y revalorizarlo. Yo, un modesto biógrafo del universo, encargado de poner justicia en el arte y rescatar los grandes nombres que se hunden en la ciénaga del

tiempo, impulsarlos a la inmortalidad.

Pronto se hicieron grandes amigos, casi por señas, aunque John dominaba el castellano. Había algo en que ambos coincidían plenamente: las mujeres.

Santiago quería conocer mundo, así que, tras despedirse de Rocío (que le había inspirado la hermosísima serie de poemas eróticos «Los Árboles Vivos»), zarpó de la bahía de Cádiz en el mismo barco que Donne, amigo, pirata, caballero y poeta.

Con ánimo de botín se enrolaron en los bajeles que conquistaron El Ferrol en 1597. Ya por entonces, Santiago hablaba inglés e incluso vestía como tal.

Cuando John se casó con la joven y bella Ann More, Santiago, celoso y ligeramente enfadado, le abandonó (arrepintiéndose luego, pero no lo bastante como para volver).

Cruzó los montes Cheviot y vivió en Escocia durante unos meses, allí dejó la semilla de la raza española en graciosos niños morenos nacidos tras su marcha. También se acostumbró a ingerir alcohol, vicio al que ya nunca renunció.

Se han encontrado en el diario de una escocesa, muerta en 1650, fragmentos de poemas de Moreno, como esta hermosa definición del amor:

*«Abertura del corazón
hecha a golpes de corazón».*

También cabe citar que el apellido de algunas familias, que por entonces allí se originaron, era Brown, moreno en inglés, por lo que quizás fueran sus descendientes. Cierto es, también, que entre los marineros mandados por Nelson, siglos después, en el asalto a la isla de Tenerife, en el archipiélago canario, cerca de las costas de África, se hallaba uno llamado Alexander Down Moreno, alias «Gitano», muerto en acción. Todo esto induce a pensar que el poeta andaluz hizo mella en los corazones de las escocesas.

Cuando se enteró de que su amigo Donne estaba en prisión, acusado por su suegro, un iracundo viejo no digno de ser inglés, acudió a la cárcel a visitarle. De esto se tiene constancia, pues John escribió en las paredes de la celda unos versos que Santiago le recitó ante el asombro de los carceleros:

*«La realidad: dolor en cada poro,
mi mano ofrezco: sólo lluvia cae».*

Esto, quizás, indique que Moreno leyó a Garcilaso (por la perfección del endecasílabo), o sea, simplemente, una casualidad. ¿Su total falta de afectación se debe a la lectura del Cortesano de Castiglione, en traducción de Boscán, que había estado muy en boga algún tiempo atrás; o tal vez a su naturaleza sencilla y directa?

Se traslada, después de trabajar como actor en una mala compañía de Londres, a una

fría isla de las Orcadas en la costa de Escocia. Le acompaña la bella pintora Jane Goldhead, que hacía honor a su apellido luciendo una fresca cabellera rubia. Este viaje tiene por objeto estimular la imaginación de ambos artistas y amantes. Vemos cómo los gustos y el carácter de Santiago van cambiando conforme llega su madurez; por ejemplo, del amor que sentía por el sol de Andalucía pasa al eterno invierno de las islas británicas. De la belleza caliente de su Rocío salta al lago azul de los ojos de Jane y a sus manos de nieve.

En esta etapa poética es clara la influencia que recibió de unos haikus, traducidos al inglés por un amigo actor de su antigua compañía. La nueva serie de poemas se titula *Cabezas*, escritos en verso libre y en dos versiones, de las cuales la castellana es la mejor.

Por entonces recibe la noticia de que John está en libertad y su esposa Ann ha muerto al dar a luz a su duodécimo hijo. Como si el destino nos uniera en la desgracia, Santiago sufre también una irreparable pérdida: su querida Jane resbala en unos acantilados cuando dibujaba el mar... y el mar la dibuja a ella entre sus olas. Poco después abandona la isla de las Orcadas, que ya no guarda ningún aliciente para él. Donne y Moreno se escriben largas cartas y poemas cuando el primero está en Bohemia por asuntos políticos.

Santiago estuvo durante algún tiempo deambulando por las callejuelas de Londres, borracho, bohemio y de pensión en pensión. Corresponde a esta época su serie de *Poemas del Perro Viejo*, como él se llama a sí mismo. Sobresale el titulado «Cuarto de Alquiler», donde dice estar desposeído hasta de su propia soledad:

*«Oler en el corredor
vieja colonia derramada
por una mujer, el olébanco
que cosquilleó
la nariz de un moribundo
en las últimas horas
y esa risa lejana
de un parto feliz,
me exilian de estas paredes,
me susurran que yo no vivo aquí».*

Cuando John Donne encontró su verdadera vocación y formó parte de la iglesia anglicana, envió a Moreno sus largos poemas religiosos, éste pensó que su viejo amigo había perdido toda su primitiva fuerza y ahora era un aburrido místico. De todas formas su amistad siguió intacta a través de las cartas.

Su último amor fue Virginia South, rostro aguileño y cabello fino, incoloro, como la

lluvia, que le dio dos hijos varones y morenos (y quién sabe si poetas). Marcharon al bosque de Bernwood y allí levantaron un molino para modelar pan español. Escribió entonces sus mejores poemas, sencillos y acuosos como su espíritu. Los llamó *Los Árboles Muertos*.

Cuando John murió en 1631, Santiago no quiso volver a escribir, alegando que le faltaba su mejor lector, pero la fiel Virginia le animó a forjar unos breves versos que resumían toda su vida y que lo consagran como uno de los mejores captosres del alma humana:

*«Las cosas que dan placer
seguro vienen por el río
y en la cascada se lanzan
como ramos de flores
en una procesión,
y yo qué sé, afanarse
en recogerlas como un avaro
tiende su capa ante
las monedas de oro,
es, imagino, un error.
Mejor tomarlas como la lluvia
que moja sin querer,
al igual que el viento se lleva
las hojas de otoño,
alegremente».*

Santiago Moreno murió en el invierno de 1640, con el pelo más blanco jamás visto. Según su última voluntad, su cadáver fue amarrado a las aspas del viejo molino del bosque de Bernwood, para que el viento llevara su alma alegremente».

Al cerrar el libro miro las estrellas, una de ellas es Santiago, su vida fue mi biblia. He recorrido toda la parte alta de la casa. Descanso sin soñar.

El sótano siempre me produjo escalofríos. Los antiguos muebles se amontonan como muertos tras una batalla. Será cuestión de poner esto en orden para poder llevar a cabo mi plan. ¡Oh, inteligente general!, abrocho un soldado fuera de fila. Unas maletas de cuero sirven de carapachos a los jarroncitos imitación oriental. Un libro de cirugía sobre la rinoplastia a los perfiles semíticos (se lo donaré a mis amigos), otro sobre el chancro y sus consecuencias. Mi abuelo, el médico, fue un infatigable lector. Sillones lombricientos y cajas de bombones pútridos, un cuadro de San Cristóbal haciendo de caballo con el niño bendito, vidriolas rotas, alcancías con caras de cerdos rosaditos resquebrajadas por martillo de mineralogista, donde antes deposité toda mi ilusión. Carátulas de samuráis, colmillos rojos de vampiros. Folletos sobre los avatares de Vishnú, los niños de Dios, las monjitas de Nuestra Señora del Buen Socorro, radiografías del ombligo de Buda. Trunco la cabecita de un ciervo colorado, cae estallándose en una bacinilla con excremento seco. Por unos anteojos al revés observo una llanura de desperdicios. Me calzo unos múleos romanos, los pies se tornan extraños pájaros de pico hacia arriba.

Debo destruir a todos los que conocen mis flaquezas, todo vestigio con el pasado. Bañándome en el mar en calma bajo la luna. Borrar de la faz de la vida a cuantos conocen mis imperfecciones, testigos de mis anteriores torpezas humanas. Recomenzar.

Con el dinero de mi trabajo en casa de David he impreso invitaciones para un baile de disfraces que celebraré en el sótano de mi casa del mar. Cada amigo y pariente tiene su tarjeta y en fechas como estas nadie falta a una diversión asegurada de antemano. Eso sí, deben llevar disfraces de animales, para que el resultado de lo que me propongo sea más estético. He guardado las muletas en el arcón. Recobro mi mejor aspecto, el horizonte, el aire, el aroma salado del océano diluyen mis arrugas. Escruto todos los límites, las tapias, los bordes de las rocas. Los horizontes siempre renacen, las ondas del aire se renuevan, el olor a raíz, a ova, galopa sin descanso como un potro recién nacido sobre una cadena de espectros. Nunca alcanzamos la montaña recortada en el sol, todos los límites son espejismos. El lugano en su jaula imita el canto de otros pájaros que viven en su interior, con el colorido de sus plumajes ardiéndole en la cerviz, lo miro y descubro el secreto de amar la cautividad: es pensar que el resto de sus contingentes están realmente presos en la mayor de las celdas.

En una tienda escudriño entre los disfraces el que debo lucir en la fiesta. Me escondo tras una mampara cuando observo a los judíos pasando ante el escaparate con mi invitación entre los dedos. Seguro que no poseen suficiente dinero para adquirir un traje completo... El alto saca de su macuto dos máscaras de animales: un pingüino, un gato. Se las encasquetan y míranse con fijeza, luego prosiguen entre la chusma alegre.

Chorlitos dorados americanos, geckos de cola de hoja, gavilanes de pecho castaño, las pieles se amontonan en una pequeña arca de Noé, víboras verdes de los árboles, tortugas de pico de halcón... De repente emerge el disfraz de diablo, al instante sé que me está destinado.

En mi espejo brilla la carátula del macho cabrío. Una aguja de cristal cae de la araña del techo sobre mí, como un dardo. Mi cuarto oscuro es el interior de un pozo, arriba la luna es el brocal, de más allá de la bóveda del espacio han disparado la saeta. La lluvia es un sitar lejano, trastabilleo con el rojo tridente y la cola se me enreda entre los pies, ruedan las últimas invitaciones que me quedan por enviar. Timoneo mi imaginación hacia el resultado final de esta empresa: cuando haya acabado con todos los que me conozcan como mortal, naceré de nuevo sin rastro del pasado, podré ser desde guitarrista de rock and roll hasta Santiago Moreno...

Por la mañana salgo a comprar los últimos ingredientes: comida y bebida en abundancia y objetos de adorno para alegrar la velada.

—¡Oiga! —un señor obeso me detiene.

—¡Oigo!

—Bernardo Vorace, ¿verdad?

—Sí, exactamente el mismo sujeto a que usted se refiere —le reconozco: es el señor

carigordo que en el entierro de la señora Beltrán se rascaba la bragueta. Le acompaña la chica de cuello de jirafa y paletas salientes.

—Yo soy Ezequiel Sol. Fui amigo íntimo y profesor de la señorita Débora, en paz descanse...

—Ya, el profesor de parasitología...

—¡No!, perdone... de filosofía, no me interesan los parásitos.

—Sí, de eso quería decir. Porque ser hombre es ser parásito, ¿cae?

—Bueno... Le presento a una de mis mejores discípulas, Gabriela, fue gran amiga de Débora. Actualmente es mi novia y pensamos casarnos esta misma tarde, por eso le quiero hablar...

—¿Y ya lo sabe?

—¿El qué?

—Eso.

—¡Eso! —me sujeta del brazo, acerca su boca a mi oído—. Se ve que la pobre Débora era una deslenguada. Cállese y no meta la pata, no me vaya a chafar el asunto.

—¿A qué se refiere, querido? —la cara de esta coneja con aspecto poco serio.

—Nada, nada, Gabrielilla. Una tos un tanto carrasposa que tuve hace algún tiempo. ¿Pero no le importa, verdad?

—¿Es contagiosa?

—Pero tú eres boba, muchacha. Por supuesto que no lo es.

—A lo mejor es un principio de cáncer, don Ezequiel.

—¡Qué cáncer ni qué niño muerto!

—¿Te imaginas que tuviésemos un niño muerto, querido?

—Lo que vamos a tener es un niño bobo, como sigas así.

—Yo creo que no van a tener niños, porque ustedes... —rápidamente me lanza un pisotón.

—Pues verá usted, Bernardo, yo quería que usted aceptase apadrinar nuestra boda. Ya que en esta ciudad no conozco a mucha gente —vuelve a susurrarme al oído—, y la poca que conozco se aparta de mí por tal... ¿comprende? Y podría traer a sus amigos para hacer bulto, para que no resulte todo un tanto anodino.

—Pues... acepto encantado, si luego ustedes me hacen el honor de asistir al baile de máscaras que organizo pasado mañana en una preciosa casa que tengo junto al mar, ¿eh?

—Estupendo —a coro—, así empezaremos la luna de miel.

—Pero tenéis... os puedo tutear, ¿verdad?

—Por supuesto, eres nuestro padrino.

—¡Qué divertido! —salta Gabriela.

—De animal filosófico iré yo —subiéndose el calzón Ezequiel.

—¡Sí, de chimpancé! —es lo único que se me ha ocurrido dado el aspecto del profesor.

—¡Y yo de mona Chita! —Gabriela, en el más frívolo júbilo—. Y tú, cariñito, de Tarzán...

—No tengo demasiado físico —apesadumbrado.

—Sí que lo tienes, Ezequielón, hinchando el pechito, hundiendo esa barriga. ¡Físico e intelecto! ¡Ay, si yo los tuviera! —le entrego la tarjeta con mi dirección—. ¡Pero Tarzán no es un animal!

—Débora me escribió acerca de ti, Bernardo. Aunque rompimos por lo que ya sabes, ella seguía siendo mi amiga.

—¿Y por qué rompisteis, amor?

—Por la diferencia de edad, Gabrielilla —en tono paternalista—. En una de sus cartas me comunicó que ya había encontrado el gran amor de su vida... ¿Eras tú, Bernardo?

—Sí, ¡qué dolor! Hubiéramos sido tan felices como lo seréis vosotros ahora, hermosa pareja.

—Bien, Bernardo, acompáñanos a mi casa a tomar un aperitivo... bueno, también será tu casa, querida.

—¡Ah, de profesión mis labores!

Al pasar frente a unos botes de basura, Ezequiel intenta atrapar a una mariposa, me acude a la cabeza no sé cuál idea de que quiere quitar el sexo al lepidóptero.

En su casa los relojes martillean, crujen las agujas en los vientres de los insectos pegados a la pared, las cajas de música lloran como fuentes de parques. Un almanaque muestra un largo camino nevado, casas blancas confundidas con el aire, árboles secos como guerreros cansados, y pienso que es un paisaje de las islas Orcadas, donde algún día viviré. Tras unas copas de jugo de uvas turulés, galletas azucaradas. En azafate, hecho por las manos de su madre, me muestra bordados de flores entre los cuales distingo una foto de un muchacho pelirrojo. Mira el recamado como si en él viera los ojos de su progenitora.

—Estas canastillas fueron aderezadas por las manos más bondadosas del mundo.

Un retrato en marco oscuro de un viejo befo de cabello rizado, facciones de bluesman. —Mi padre, explorador...

Río desmelenadamente en el cuarto de baño, tras excusarme. Me agobian otra vez las situaciones tópicas, pero las soporto con un humor endiablado, será de tanto imaginar el final que les destino en mi aquelarre. Bulle en mi interior un continuo ajeteo, como si miles de abejorros volaran en mi corazón y no parasen de cosquillearme. Vuelvo despacito, el pasillo es largo como el de un barco. Gamos de porcelana, diminutas tinajuelas, princesas de senos de metal y un diamante en el ombligo (todo falso, claro). Me cuido bien de no asestar ningún importuno codazo. Un ventalle abierto como un gran pavo real, recuerdo los abanicos raídos que usaba mi madre

balanceándose en la mecedora mientras las olas orquestaban el fondo. Pa deslizaba el espeso humo de su pipa y la hacía estornudar. El olor a frágala se apodera de mi boca, ese vinillo abre el apetito. Asomo un ojo antes de pasar al salón: Ezequiel y Gabriela retozan muy entusiasmados, ella hinca sus paletas en la oreja colorada del filósofo, éste ríe como una chiquilla pellizcada. Al levantarse la falda, la joven derrama la botella de vino sobre el vientre y pubis de su enamorado, que se echa las manos al lugar y refriega fuertemente, ella también lanza ahí sus dedos y entonces cruzan una mirada de extrañeza. El largo cuello de la moza se dobla como el de un cisne, los mofletes del profe se inflan aún más. Toso sin disimulo, mientras ella le introduce una galleta en la boca.

—¿A qué juegan los tortolitos? —Ezequiel se apresura a colocar una servilleta sobre su manchado pantalón, ella se baja de sus muslos y sonrío como una desequilibrada. Me han dado la dirección de la iglesia, esta tarde a las siete.

Ahora me ocupo en la trabajosa tarea de buscar unos sirvientes que atiendan en mi fiesta. A ellos también les ocurrirá lo que a los demás, ¡pero qué remedio! Serán una especie de mártires de mi causa. Remiro el anuncio subrayado en rojo en el periódico de ayer tarde. Es un matrimonio que se emplea por horas o días y no cobra mucho. Su dirección me conduce a una de las más recónditas partes de la ciudad. Unas callejuelas antiguas se retuercen como melenas rizadas, los vierteaguas son ríos del cielo estancados por piedras de granizo, una anciana borracha rueda como un boliche de sebo, las insignias de las bebidas de ocasión pegadas a las paredes, anuncios de pantalones vaqueros, todos los cuadros de popart discurren ante mis ojos. Al levantar la vista me aterroriza una escultura de una virgen negra. Abre la puerta una señora jocoseria, lo perfecto para la velada. Tras explicarle que vengo por lo del anuncio me hace sentar en un modesto salón. El piso recruje cuando se acerca un hombre de aspecto alpino, luciendo un frondoso bigote. Todo queda arreglado, ellos también llevarán máscaras de animales.

En mi piso de ciudad me aseo, visto lo mejor que puedo. En el espejo veo un dependiente de tienda de lujo. ¡Qué altibajos sufro! De repente soy un monstruo con muletas y ahora padrino de la más estúpida ceremonia. Una loción de colonia de la que Marta abandonó aquí, un afeitado digno de un anuncio televisivo.

La novia llega jadeante, con un traje al que le han debido aplicar todos los biodetergentes posibles, un gran copete le obliga a caminar cabizbaja. La iglesia casi vacía, el cura cara de muerto. El padre de la novia es un individuo grueso, al que ya he visto anteriormente: es el que acompañaba a Marta cuando compraban disfraces... ¡Que me corten las venas (no sé para qué) si este tipo no es la reencarnación de David!

Gabriela emocionada besuquea a su papá, éste la corresponde de mala gana. No cree que Ezequiel sea un buen partido para su no muy afortunada hija. El nuevo David rebosa dinero hasta por los oídos... ¡ahora comprendo por qué el dichoso profesor quiere casarse con ese feto!

Ezequiel nos presenta: —El señor David Doblado, padre de mi prometida —no puedo evitar que se percaten de mi desconcierto al escuchar semejante nombre—, Bernardo Vorace, escritor... y mil cosas más.

—Sé por qué se ha sorprendido —el casi viejo David se rasca un lobanillo tan gordo como el del difunto—. Es por llamarme David y tener un gran parecido físico y espiritual con el anterior David que usted conocía.

—¿Hermanos gemelos? —no creo que exista semejante desgracia.

—No, hombre... Vivo con Marta Escobedo, ¿entiende?

—... ¿?

—Soy editor de libros. Ella me visitó, es la mejor mujer que he conocido, exceptuando mi difunta esposa. Traía *El Amor y el Tiempo*, la antología a publicar póstumamente del gran literato, orgullo de la nación, ex-militante de los cruces gamadas, David Peces. El que hubiera pertenecido a esa orden me alegró mucho, ya que yo fui su vicepresidente honorífico. Naturalmente, el libro se publicará en seguida en edición de lujo, pues a un escritor de pensamientos tan nobles se le debe promocionar a gran escala para que infunda ímpetus a nuestra frívola juventud... ¿No querría usted rellenar este cupón para pertenecer a tan importante asociación?

—No, gracias... Yo ya pertenezco a los inmortales.

—¿Es nueva esa orden?... ¿Qué hay que hacer para inscribirse?

—Ser inmortal. Bach, Rilke... Pero siga con su historia, ¿se enamoraron, verdad?

—Sí, sí... ha vuelto a poseerme la más feliz de las emociones... Ella estaba bastante triste y decaída, entonces me vio y surgió el flechazo. Me dice que es como si David hubiese resucitado, pero más joven y guapo...

—¿Querrá decir menos feo?

—Je... y ahora mi única hija, Gabriela, quiere casarse con ese profesor medio muerto de hambre.

—¡Es un gran hombre, digno de su hija! —para que se joda y tenga un yerno tonto... y nunca sea abuelo.

—Pero mírelo usted, Bernardo, si parece hasta un poco afeminado —mirando a Ezequiel que desliza su mano sobre el prendedero de plata de su novia.

—Oiga, señor Doblado, ¿Marta está muy enfadada conmigo?

—Pero es que, según ella me cuenta, usted es una especie de criminal, le acusa de cargarse al señor Peces, y seguramente las muertes en la familia Beltrán tienen mucha relación con usted.

—¡Por Dios!

—Pero tranquilícese... ya no le guarda ningún rencor porque ha encontrado de nuevo la felicidad en mi persona —entorna los ojos como un adolescente enamorado.

—Entonces podrán ustedes acudir a una fiesta que celebro pasado mañana en mi maravillosa mansión de la costa. Irán muchos conocidos de Marta, sus antiguos amigos. Y también, señor Doblado, estarán presentes su hija y su yerno. Es obligatorio disfrazarse de animal.

—Sí, sí, ya recibimos su invitación... ¡y qué casualidad, hace unos días Marta y yo adquirimos unos elegantes disfraces, ella de rata (qué basto suena) y yo de perro... perro verde, je, je!

—¡Estupendo, trajes ideales para la celebración! Y lleven también a la deliciosa sirvienta de la casa de campo del difunto David..., bueno, ahora de Marta, claro. ¡Era tan simpática! —esa fámula conoció mis flaquezas humanas cuando delante de la máquina de escribir yo maldecía el día que nací.

—Bien, si se empeña también la llevaremos... más folklore, ¿verdad?

—Qué inteligente es usted —ya nos encaminamos hacia el altar.

Se suceden escenas ridículas, al cura no se le entiende una palabra, a Gabriela se le cae el anillo, ambos se agachan y chocan sus testas. David me susurra que estas situaciones le emocionan y que le pedirá a Marta que sea su esposa.

A la salida del templo un pagado les arroja arroz y grita el vivan los novios como un vendedor de periódicos.

Dragonetes de colores en largos hilos metálicos, cojines y vinos rosados, Ezequiel y Gabriela ebrios, es lo más cómico que puede verse. David parla sin descanso de su próxima boda con Marta.

Un joven discípulo de Ezequiel se me acerca, ojos de limón y un pelo que parece teñido con sangre. Pone sus manos en mis hombros, los judíos (que me acompañaron al ágape) lo miran ensimismados. Se comienza a quitar la chaqueta, camisa. Ezequiel se le aproxima, pronuncia su nombre entre balbuceos (—¿Qué haces aquí?, yo no te

invité). Me abraza con el torso desnudo, por encima de su cabeza acabo de beber la copa de anís. Ezequiel se tambalea, agarra al muchacho. Lo agita fuertemente, los judíos se rascan las narices, lo besa en la frente, lo sienta. El joven echa la cabeza hacia atrás, su largo pelo es un volcán explotado, lava incandescente. Gabriela pregunta quién es, el padre la sujeta y la protege con sus gruesos brazos. Ezequiel cae de rodillas lamiendo la figura del muchacho. El judío rizado revienta de risa, el otro adquiere un aire de melodrama. Muchos invitados no se han percatado y siguen danzando. David oculta a su hija tras una columna. Ezequiel, ya derrotado, yace en el suelo con su rostro entre los pies del pelirrojo. Cuando el banquete acaba, los judíos han amistado con el extraño joven que les habla de la libertad y del descorrer las cortinas de los arcanos del corazón (—los guantes se desprenden como las valvas, a las murallas las mueven hilos de títere, ¡veamos a los monstruos desnudos! Tienen atado al sol en un puerto donde sus pescadores gozan de amor. Envidioso el resto de las costas llora en su oscuridad).

—No te lamentes más, pequeño corydón. Yo vi al buda del mar enojarse con la luna —tensando un rizo.

—Hasta mis bestias tienen pareja... ¿y yo? —vuelve a vestirse.

El matrimonio se reconcilia, él descansa la cabeza sobre los flacos muslos de su esposa (—pasado mañana en la fiesta de Bernardo lo pasaremos la mar de bien).

—¿No se lo dije, señor Vorace, ese profesor me parecía algo sospechoso —David, apretándome el brazo—, ojalá ahora se regenerere.

Esta noche dormiré en mi piso de ciudad; tras despedirme de los recién casados y de David, que se marchó en un impresionante descapotable, recorro las solitarias calles. El continuo sonido a tamboura se dilata en el aire. El cielo se desuella, caen láminas de la piel de la noche, húmedas cortezas que se derraman en la tierra, ósculos de agua como ardientes abrazos, en las alcantarillas se desnuda una rata que nunca conoció el amor. Un teléfono se pierde en el viento, como un ocozoal que ha visto a su presa y agita el cascabel de la muerte. Los papeles revolotean como párpados que se desprenden del hada de los mil ojos. Ahora soy Santiago Moreno recorriendo las callejas de Londres, con la niebla en las pupilas llorosas y poemas en los bolsillos, el perro viejo que está desposeído de su propia soledad, el que siente la risa de una madre que parió hace siglos... El que escucha los latidos cada vez más fuertes del corazoncito del recién nacido mezclándose con los del longevo corazón que se pudre en su pecho, el que se deja sumir por las dos corrientes... El anciano que pasa jadeando la puerta de la eternidad y vuelve atrás la vista para buscar su alma en la cajita de cristal que flota en el río de la vida, el que rompe la muralla de dolor y se desnuda de la piel putrefacta, el que arroja al mar a todos sus amigos y enemigos... El que al fin se queda a solas con su endiablado ángel de la guarda cosquilleándole el ombligo. Navego como la madera que tocó los dientes del castor, la mano del

leñador, y ahora se precipita por la cascada. Me acaricia el hermoso miedo de los grillos al anochecer, como el leproso que se deja besar por la vieja que va para santa, el leve roce de un gato al pisar la seroja, las formas acastilladas de algunas casas donde merodean las aves sonámbulas. El collar de adarajas brillantes que forman las estrellas, el humo balaj que se alza del lodo como en un fumadero de opio, esas capas de hielo y esos árboles de nieve... al cruzar por el puente me identifico con el río que se tragó a Débora, con la densa bruma que parece el aliento de una bruja enamorada, con los copos que alfombran las calles, con el desalivar de un enfermo en una chabola, pus luminoso de las heridas que nunca sanan... Con el muerto feliz que se orina en la cama. Desalhajo mi mente de todo hermoso pensamiento, los versos sueltos, las palabras claras de mis amigos, el sabor de los besos... Andar como un zombie, sentir por primera vez que la brisa mece mi cabello, la lluvia se incrusta en la piel, el cierzo azota los ojos, los pies duelen como sufrimientos ajenos. Oír ulular lejos como cuando Dámaso se asustó en el jardín de la muerte, la infinita dulzura. Estoy construyendo mi propia leyenda.

Abrigado con colchas rojas como costras de sangre seca. ¿Era feliz de niño en mi castillo de madera, cuando espiaba las olas estrellándose en los beriles, como amantes que recorren miles de kilómetros para amarse. Cuando jugaba con un soldado de cartón y lo mutilaba de brazos, piernas, cabeza y luego reconstruía sus miembros en otro orden, el cráneo emergía del pubis, un muslo del cuello. Cuando escribía con deleite, que aún no he podido igualar, cómo una abuela descuartizaba a su nietecito igual que yo hacía con mi soldado? Sí, era feliz cuando soñaba que Alicia la maravillada y yo devanábamos un inmenso dédalo, el más impresionante laberinto jamás visto. Se nos reunían entre dibujitos de Disney, pero los pobres se perdían entre los ángulos oscuros, selvas y manantiales. Alicia vestida de azul con olas de platino y yo, un pinocho de ojos verdes, cogidos de la mano silbando la marcha de los elefantitos. No se trataba de encontrar la otra salida, sino de llegar al centro. Los demás animalitos desaparecieron, sólo lo alcanzamos nosotros, la más linda pareja imaginable. En el centro había un pedestal dorado con una quesera de cristal y dentro un trozo de luz. Entonces colocábamos las manos sobre el vidrio incandescente y nos besábamos con dulzura. Era el sexo del agua en pecera de cristal, erguido sobre salvilla dorada, con mallas de aire cercándolo. Era la luz que iluminaba el dédalo, ahora la usaré yo.

Mientras los párpados recorren la gran muralla china del sueño, unas imágenes adelantan sus acontecimientos, una columna de fantasmas grita, se agarran entre sí, sus largas sábanas blancas arden como una selva de nieve sacudida por un volcán:

—Bernardo,

¿qué

te

hemos
hecho?,
no
dejes
que
nuestros
nasos
semitas
se
licúen
como
barritas
de
cera.
—Fui
tu
amigo
íntimo
en
la
escuela,
nuestras
uñas
abrieron
las
mismas
salamandras.
¡Al
menos
permíteme
morir
en
el
jardín
de
la
leyenda,
con
mi

amada!
—Mi
Trompeta
se
orienta
con
el
más
triste
barritar
hacia
el
cementerio
de
los
elefantes.
Aúllo
como
un
lobo
estepario
que
llora
su
propia
muerte.
—Hre
sridro
tru
amranre
yr
amigra,
hre
cruidadro
dre
tri,
hre
dribrujadro
lras

noches
de
nuestro
amor,
ardor
mi
carne
de
ratra
yr
la
drentrelladra
de
tru
broca
enr
mi
cruello.
—Alíseme
el
cabello
jaro,
mi
lengua
limpiará
la
mugre
de
tu
cuerpo,
posaré
mis
ojos
en
tu
piel,
yo,
el
bicho

sin
pareja.
No
me
destruyas,
pues
soy
el
verdadero
y
sempiterno
amor,
la
natural
unión.
—¡No
me
arrojes
al
río,
no
dejes
que
los
tiburones
de
la
noche
devoren
mi
cabeza,
que
mis
huesecillos
se
tornen
en
ceniza
acuosa.

—Soy
la
cucaracha
que
anida
en
tu
lengua,
mi
vientre
derritiéndose
por
el
fuego,
mis
vísceras
se
abren
en
tu
mohosa
boca,
venenosamente
morimos.
—¡Te
odio,
inmortal!
Derrumbado
y
tembloroso
con
la
carne
desollada,
la
swástica
tatuada
a
fuego,

escúpote
mi
última
gota
de
vida.
—También
machacas
mi
reencarnación,
el
diablo
es
fascista
y
me
vengará!
—No
te
conozco
lo
suficiente,
soy
polaca
y
mi
sangre
no
ha
hervido
junto
a
la
tuya,
sólo
me
he
reído
de

ti
cuando
te
movías
como
un
lisiado
con
el
rostro
averrugado.
—Sólo
te
enseñé
inglés
durante
un
par
de
años
en
ese
maldito
colegio
de
curas.
¡Ya
sé
que
te
hice
sufrir,
condenado
sádico!
—Yo,
abuelita
de
tu
alma,

descuarticé
al
títere
bueno
de
tu
niñez,
y
ahora
tú
me
defenestras,
cuando
los
dos
más
nos
parecemos.
—El
perro
muerde
mi
pierna,
la
foto
de
mi
hijita
te
devora
la
conciencia,
el
gris
del
paraguas
no
puede
detener

el
maná
de
la
muerte.
—Púlsame
y
lúdeme
por
última
vez
antes
de
que
mis
cuerdas
salten
por
los
aires
y
la
madera
de
mi
música
se
reduzca
a
astillas.
—Mis
largas
paletas
se
ennegrecen
como
fichas
de
dominó,

el
cuello
dóblaseme
como
cirio
derretido.
—¡Dame
el
sexo
de
una
mariposa
antes
de
morir!
—¿Entonces
ser
parientes
tuyos
es
ser
carne
de
horca?
—Nuestro
pecado
es
habernos
anunciado
en
el
vespertino
y
que
usted
lo
subrayara
con
lacre.

—Así
me
paga
el
favor
de
echarle
una
carta
al
buzón,
cuando
su
aspecto
daba
risapena.

—La
cofia
infernial
desgarra
como
un
cepo
mi
vieja
sien
de
doméstica.

—Déjame
sumergido
en
mi
caleidoscopio,
sangrando
en
cristalitos.

—Ardeamos
los
báculos

que
sostuvimos
tu
derrumbamiento.

—Moreno
pergamino
incinerado,
fantasma
turbador
del
bosque
de
Bernwood.

(Pavesas
todo
ya
de
luto
blanco).

La mano de mi madre me enjuga el sudor de la frente, el humo de la pipa de pa me evoca el vaho del mar y sus misterios...

Me he pasado el día aseando la casa, hileras de largos cirios en las repisas, sables como lenguas de plata en la pared. Brilla con la pomada la escara de mi sien, las falanges rígidas con uñas de mujer desbrozan trocitos de tarta de corazón de canéfora, blandas y rojizas pastas de Rubens deshago con fruición en mi paladar. Las pequeñas pirámides con jugo de limón, naranja, leche, latas de cerveza holandesa y cócteles molotov. El sótano es grande, las cortinas negras se abren como el manto de un vampiro. Al cepillar los trajes de arlequín desprenden un anublo de polvillo rosado, cestos de tiras de avellano con fresas y beunas. Refriego el cándano de los antiguos vasos de vidrio de color, el chasquido de una vasija agrietada como la pitezna del cepo al cerrarse. La pátina luce como estanques podridos, las varas y flores perfuman el ambiente, en las columnas los altavoces estratégicamente situados, simulando triclinios los divanes, bajo el tamiz de páginas de platino la araña negra de goma para dar sustos de muerte. La tabla de los no mandamientos de mi abuelo el epicúreo. La puerta del WC con el rotulito que reza VOMITORIUM. Pomos de laca conteniendo excitantes químicas, siempre movable al más leve soplo el talismán de las campanillas. En el grueso rubí del anular el polvo venenoso.

Deambulo por las ramblas, ¿quién faltará a la celebración? Una mujer de negro lee tranquila en un banco. ¡Es aquella profesora de idiomas que me martirizó de niño! Llegué a creer que estaba desquiciada, hacía cosas horribles que por entonces yo no comprendía. Acostumbraba encerrarse conmigo en la biblioteca para relatarme historias grotescas... niños demonios que asesinaban a sus abuelas, su pulsación se alteraba y al terminar sus masacres me torpedeaban los espumarajos de su boca, su aliento me hería durante horas. Luego se empecinaba en que yo inventase historias parecidas o aún más macabras. Hubo un día en que me hizo apalearla para imprimirle mayor veracidad a mi último cuento.

—Miss Alexandra... ¿Me recuerda?

Cierra el libro de Sade, reajusta sus gafas en el rostro envejecido. El muchacho pelirrojo se le acerca con dos helados en las manos, su lengua acaricia las dos blandas puntas de pirámide. Resulta que son hermanos... e invito a ambos a la fiesta. Será divertido ver la cara de Ezequiel cuando encuentre los ojos gatunos del joven.

En su departamento ella me muestra una colección de libros de terror, poetas malditos. Me dice que Rimbaud escribió *Una Temporada en el Infierno* cuando la visitó. El color terrino de las paredes huele a ciénaga, con una punterola rasga las redes de seda de una viuda negra mecánica, la cuchilla fulge como el sol en un espejo junto a un muñequito enterrado bajo un montón de cerillas apagadas. Capuchinos de cristal oscuro en fila india son perseguidos por faunos violadores que imaginan cuerpos de náyades bajo los sayos. El tintero rojo siempre gotea sobre el mapamundi.

En un cestito de mimbre unos viboreznos se mueven con lasitud, de un cuñete de ébano el licor de aroma azul hace chispear los ojos, cornetes y lengua. En el pellejo de la vieja profesora unas manchas siena le dan aspecto enfermizo que contrasta con el fresco carmín de la tez del joven. De un pesado arcón extraen dos carátulas: tigre y león. Ambos me miran abrazados, cuatro senos blancos como boliches de leche.

Amanece mi gran día. El sol crece frío como un cohén que adivina el final de todo esto, en la bacía abollada me refresco el rostro, un caballito del diablo cruza el sótano como un símbolo premonitorio, el bidoncito de gasolina camuflado. En la hamaca gozo del rocío espumoso de las olas, el mar será sangre, un enorme campo cárdeno con lirios que son dedos que brotan del fondo, como réprobos rebeldes que atraviesan con sus tentáculos el portón del averno. En cúpulas de fibras de capullo, recintos transparentes, arden las figuritas de mis conocidos.

El bigotudo alpino y su esposa disponen debidamente el sótano disfrazados de uro e iguana. Se sirven las bebidas, manjares, la música a punto de aflorar. Al anochecer comienzan a llegar los primeros animales, el arca se va llenando, a medianoche esto es un zoológico completo. Bailan, me saludan levantándose un poco las máscaras. Bajo el pico de un cuervo descubro la voz de Dámaso, su boca mastica las rosas que arrancó del jardín de la muerte. Él conoce desde niño todos mis defectos, incluso se percató de que en el entierro me dolían los pies... ¡a mí, un inmortal! Una bestia de dos cabezas, Ezequiel y Gabriela recién casados. Una de las testas del bicéfalo tiembla cuando ve al tigre del que reconoce un hermoso mechón rojo. El león con acento inglés araña la tarta con morbosa complacencia, un espeso mocarro cuelga del naso del pingüino, se derrama viscosamente en la bandeja de carne picante, cuya salsa ahora verde moja con farallo el gato de pelo rizado. El can esmeralda se tambalea borracho... ¡hip, hip, Hitler! Me reconcilio con Marta y enlazados danzan diablo y rata. Las fauces y hocicos saben a cereza. El elefante trompetista ejecuta difíciles acrobacias con la pantera polaca mientras aúlla como el lobo de estepa, pétalos de las flores del mal revuelan ante el ventilador. Los parientes se dividen en grillos, faisanes y grullas. Mi vecino de apartamento es un búho canoso (seguro que se burló de mí al echar la carta al buzón). El muchacho del caleidoscopio es un caballo blanco; la doméstica de la cofia iris, un pajarraco enorme. Campanelas alegres, saltos con los ojos cerrados, gallos ciegos, botellas derramadas, sus cascos en las nalgas, la sangre en otros muslos. Marta, ebria, me habla de una extraña forma: — Amror, muérdreme —su rostro de rata me asquea. Atuso el pelo jaro del tigre, roza su lengua por mi piel, mis poros la enmohecen. Gira la puerta del vomitorium, el bosque de flemas, las vísceras, la araña de goma de seno en seno. Libamos los pomos de laca. La luz de las candelas vibra, disimulado entre los manteles un largo hilo prendido a todos los cirios. Violín y tambores, golpes de pies desnudos, la armónica eléctrica, Jazmín en mis dedos.

TIGRE: ¿Aún sigo siendo la bestia sin pareja?

GATO: Ten las moscas de mis rizos.

UNA CABEZA DEL MONSTRUO BICÉFALO: ¡Hermoso tigre, vuelve a mis

brazos, le he robado el sexo a una mariposa!

LA OTRA CABEZA: ¡Tengo miedo!

PAJARRACO: Estoy enamorada de Tintín.

URO E IGUANA: ¡Qué trabajo más divertido!

CABALLO: Mis crines son los hilos de cristal del caleidoscopio.

PINGÜINO: ... me huele a encerrona.

CUERVO: ¡Esto es el jardín de la muerte!

PERRO: Hip, hip... parece un banquete de cruces gamadas.

ELEFANTE DE MANO DE PANTERA: He caído de nuevo en el infierno.

LEÓN: Os voy a relatar el cuento del niño que descuartizó a su abuela.

BÚHO: ¡Vuelo al buzón de Satán!

GRULLAS, FAISANES, GRILLOS: ¡Nos ha salido un pariente loco!

El veneno es deslizado en los vasos de color, vierto en cada rincón gasolina, sacudo el cordel: los cirios se vuelcan... y para redondearlo, el cóctel. Inflamadas las cortinas negras galopan sobre los animales en estampida. Se consumen las maletas de cuero, el libro de rinoplastia, el cerdo de la alcancía, los nasos de cera de mis judíos. Bombones derretidos, a San Cristóbal le flamean sus patas de corcel, el niño bendito cae carbonizado. A la cucaracha de mi boca se le revienta el tórax. El perro verde grita que es un sabotaje comunista. El león se carcajea de hinojos con sus manchas siena humeando. La bestia bicéfala se parte en dos, a una mitad se le ennegrecen los dientes, y a la otra le cae una viga ardiendo sobre el pubis, un zarzal incandescente destroza la cabeza del pajarraco, el caleidoscopio estalla en las pupilas del caballo. Mis muletas y guitarra son alcanzadas por las llamas, las cuerdas saltan, todo se reduce a esqueleto ígneo. La cadena de minuciosos detalles, los sables se hincan en el parquet resquebrajado, pirámides chorrean su sangre de fruta, latas de cerveza explotan como granadas, los triclinios, las mejillas de plástico del samurái, las tablas de la no ley, avatares y monjitas. Desde mi posición privilegiada en la puerta del sótano clavo mis ojos de macho cabrío en cada animal. Corro el pestillo, la gran sensación acude como un torbellino de agujas que punzan cada milímetro de mi cuerpo. El fuego trepa la escalera, el cuaderno de dos rayas cruje como el alma de la abuelita. Intento salvar el manuscrito del Biógrafo del Universo, pero ya Moreno es incinerado y con él todos los genios desconocidos, de la puerta del vomitorium salen bichos asfixiados. Desde la parte alta de la casa escucho los terribles alaridos, Vulcano viene por mí, Jagger ahumándose, el talismán disloca sus cristales demencialmente, los palos de golf antorchas. Consigo saltar desde una ventana al exterior, reviento la hamaca. Hay mucha gente alrededor del edificio, como cazadores que acuden a calentar sus manos en la hoguera. Las tejas caen como pájaros de fuego, el sótano debe ser el verdadero infierno. La multitud se extraña de mis carcajadas, sus rostros me miran amenazantes, como ogros del Bosco. Un viento triste sisea en los

peñascos de la costa, sombras desdibujadas entran por la chimenea, el largo pozo hacia el averno, llora el fuego apagándose... amanece. Sonido de sirenas, motores, la jauría humana me rodea. —¡Horrible salvajina! Me gritan ¡monstruo pirómano! Un temblor helado me recorre de pies a coronilla, me lanzo salvajemente contra la muralla de hombres, insectos de gran tamaño, les golpeo los cráneos, les muerdo y aplasto. Me apalean, arrancan mis cuernos y mechones sangrientos. ¡Linchar a Dios! Al fin consigo hacer un hueco entre las hormigas gigantes, derribo el muro de carne. Arrastrándome alcanzo la orilla del mar. Me desprendo del pellejo carbonizado, el rabo, las afiladas uñas. La carátula cae como mi casa derruida, mi cuerpo desnudo semeja un montículo de nieve con dos esmeraldas, camino sobre el mar. Vuelvo el rostro: pavesas todo ya de luto blanco.

Las olas abren mi piel, la costra pútrida del mengue es desbaratada por la chusma de la orilla, comienzan a lapidarme. Como si un jardinero podara la mala yerba de mi interior, la dulzura se instala en mí, las quemaduras sólo me producen cosquillas. El cielo rosillo del amanecer, el sol entre dos peñascos, no escucho a la masa, guardias, bomberos... sólo me inunda la música del corazón.

Mi cabeza no cabe por entre las rejas, apenas con la mano rozo la llovizna, la palma parece que se ablanda con el agua. El paisaje es un patio de reos, testas rapadas, pómulos salientes, acarician el aire como recordando los senos de una mujer... Son rostros de hielo. Mis ojos recorren con dolor las paredes de la celda, un sepulcro sólo alumbrado por las pupilas del maldito vigilante que pasea tras la puerta. La oscuridad es como si reventara el vientre de la noche y salpicase las esquinas, el camarote acorazado de un submarino. Desde que encontraron mi cuerpo flotando no han cesado de martirizarme. Y la vesánica boca del juez paladeando la sentencia: garrote vil, grotesco manatí con lentes y martillo. La tensiva argumentación de mi abogado defensor para probar mi supuesta locura, pero mis contestaciones a los médicos fueron tan correctas que no quedó un ápice de duda sobre mi estado: un criminal cuerdo.

Tengo las cabezas de mis amigos arracimadas en la memoria, me visitan durante los cuatro sueños de cada noche... y conforme pasa el tiempo tengo más y más cabezas, pero ya sólo unas pocas surgen nítidas, el resto es un interminable desfilar de borrosos espectros... ¡Cuanto más grotesco más divertido...! Si me hubieran condenado a cadena perpetua, toda esa ralea de autoridades moriría antes que yo... A lo mejor terminaba siendo el director de la cárcel, los reos mis propios hijos. Con la pena de muerte el chasco será aún mayor. Me aplicarán diez garrotes viles, se envenenarán con su propio gas, se sentarán a descansar en las sillas eléctricas para mí inservibles. ¡Qué emoción, las caras que pondrán con mis múltiples resurrecciones!

Me han permitido conservar la agenda, vuelvo a repasar la última página escrita, la del dos de diciembre. Han transcurrido exactamente tres meses desde que el demonio volvió a alzar el telón... Y durante este tiempo he tenido que tomar decisiones de las que no me arrepiento. El cuatro de marzo será mi primera ejecución, pues los muy cretinos me han aplicado varias últimas penas concordadas con su irrisoria legislación. Faltan dos días para el divertido acontecimiento.

A veces, quedo y pálido, miro mi sombra entre el suelo y la pared, subo y bajo mi sombra de cielo a infierno, me retuerzo y mi sombra parece una guadaña, entonces me corto la cabeza con mi sombra.

Los planes se realizaron a la perfección: todos los que conocían mis flaquezas de humano ya no existen. La primera sonrisa del nuevo yo será cuando el aro de hierro reviente en mi cuello y el verdugo se lleve las manos a la cabeza horrorizado.

En la celda de enfrente jadea un hombre canoso, con rostro de fetiche. En la noche lee un grueso libro, con las manos en las sienes recorre apasionadamente cada línea.

—¿Es interesante? —le pregunto aferrado a los barrotes.

—Es un incunable, jovencito. Mañana me matan esos perros... y acabar de leer este

libro es mi último deseo... aunque bien sé que es la fuente de todas mis desgracias.

—¿Por qué te han condenado?

—Desde que me di cuenta de la verdad, aunque la verdad sea una palabra tan estúpida como las demás, en mi caso resulta una excepción, puesto que le viene como anillo al dedo de mi destino... Verás, yo deseaba alcanzar la inmortalidad —me confunde por completo, no creo que exista otro como yo—, es que soy artista... y muy bueno, si eso de ser bueno sirve para algo más de lo que me ha valido a mí. No tiene sentido que mis obras pasen a la posteridad, puesto que la posteridad es también perecedera. Todos los arcanos están en este libro, los celadores me lo han dejado porque han creído que es un texto religioso. Cuando renuncié a que me erigieran futuras estatuas, comprendí que lo válido es el instante, ya que el recuerdo no es otra cosa que alargar aquel momento. Entonces hice lo primero que se me ocurrió y...

—No sigas, los crímenes y demás barbaridades no me interesan, ya tengo bastante con los míos.

—¿Y tú quién eres?

—Santiago Moreno.

El condenado ríe estrepitosamente, como si hubiera reconocido el nombre, mi nuevo nombre: —Entonces no eres más que un cerdo poeta con el corazón más negro de la tierra.

Cuando los celadores nos traen la cena, mi cuerpo se tambalea como el de un niño enfermo. No entiendo nada. El viejo me sigue mirando como si me conociera de toda la vida. Mi cerebro se mueve en un llamazar, las ideas se hunden cubiertas de lodo, las piernas me comienzan de nuevo a flaquear, un vigilante cree que padezco cojera y me alarga un par de tablas como muletas, es la depresión de antaño.

—¿Qué te ocurre? —el reo habla con la papilla en la boca—, en un instante has cambiado, las ojeras, te averrugas, muchacho... y esos labios blancos, ¿dónde dejaste el vino de Cádiz, los besos de Rocío, Jane, Virginia? Te orinas en los calzones... vas a enfadar a los jefes.

Esto es demasiado, la vista se me nubla, una legión de moscardas se posan sobre mí. Debo de ser un árbol sin hojas al final de un camino, la morada lúgubre donde sólo los locos van a descansar. Barcia, basura inútil.

No consigo que me preste el libro, pese a mis múltiples súplicas. Me explica que ese manuscrito lo ha heredado de su abuelo, y éste del suyo, hasta abarcar remotas generaciones.

El claror del alba coincide con la entrada de un sacerdote en la celda del condenado, el viejo cierra el libro bruscamente. El clérigo pasa sus manos cariñosamente por las del preso y le lleva un rosario a la altura de su boca. El reo le dice, limpiándose la pringue en la sotana, «si estas cuentas fueran guisantes me las comería». Luego comienzan a hablar muy bajo, distingo algunas de sus frases, «este libro ha sido mi

perdición. En él está la verdad. No vale la pena vivir, no hay metas ni ídolos, ni a quién seguir los pasos, nada». El sacerdote le comenta a Jesucristo, y el cautivo ríe entre lágrimas: «En el libro también viene su vida íntima, su verdadero pensamiento... pero no deseo que cuelgue usted ese hábito por culpa de mis palabras, las palabras de la verdad». El padre hojea tembloroso el libro, el café acuoso se vierte en su sotana, un guardia abofetea al preso y éste pone la otra mejilla riéndose. El sacerdote grita ¡milagro! Y le asegura que su alma está ya salvada. «¿De qué?», contesta el viejo.

Cuando llega su fatídica hora me pasa el libro entre las rejas y me susurra que, tras leerlo, preferiré morir a seguir esta vida absurda.

A primera vista parece otra copia del *Biógrafo del Universo*, pero entre paréntesis y con letrilla dorada especifica La Verdad. Intrigado comienzo a leer la primera biografía, Santiago Moreno no es ya el mismo del anterior manuscrito, aquí se cuentan sus auténticos pensamientos, sus más secretas acciones... ¡era tan monstruo como yo! Martirizaba a Rocío, hizo sufrir a Donne, burlándose de sus poemas religiosos, destruyó el corazón de muchas escocesas. Empujó a su amada Jane al mar para que ese crimen le inspirase un poema sobre los naufragos. ¡Con la misma sangre fría de cuando yo me desembarqué de Débora! Sus poemas siguen siendo igual de hermosos, pero ya no es lo mismo. Y no fue él quien dejó dicho que le amarrasen a las aspas del molino para que el viento llevase su alma con alegría, sino que su mujer e hijos, hartos de ser esclavos de su tiranía, lo ataron cruelmente allí para que el vendaval y el frío lo descuartizaran. Consulto otras biografías, no sólo contiene la de los genios desconocidos sino también las verdaderas efigies de los conocidos (pues este volumen es bastante más grueso que el que yo poseía). Todos los inmortales son aún peores que el resto de los humanos. Realmente no tengo a quién seguir los pasos. Ya ni siquiera llueve para consuelo de mis ojos, asoma la luna. Esta confusión no es otra que la que siempre he sentido, esa sensación de ahogo en un mar de cascabeles, esos insectos que castañetean sus dientes de cristal, como un pueblo de fantasmas que repica sus campanas. El laberinto crece con felequeras y lengüitas de moho, con lirios que emergen del océano cárdeno, la mariposa castrada yace bajo mi puño... y la gran puerta de acero entreabierta, por la rendija flamea una intensa luz que se divide en trozos y ruedan por la escalera. Son cabezas iridiscentes, una de ellas se parte en mil pedazos... cristales de fuego. Voy formando el puzzle, poco a poco el rostro es conjuntado, pero sólo puedo ver una bola brillante, un huevo ígneo que me ciega los ojos... necesito la sombra, la oscuridad hará visible esa faz. Los otros meollos luminosos continúan rodando y los distingo bien, son todos mis antiguos conocidos... ¿pero ha valido la pena todo esto? Sé que ya no quiero ser como Moreno puesto que ni él mismo fue así. Y esa cucaracha que deambula con lentitud sobre mi camastro, forrada en una capa de flema, soy yo en el espejo roto que acabo de rehacer. Estoy

cayendo desde la ventana de mi piso, las calles, coches y gentes crecen a gran velocidad cuanto más cerca estoy de ellos. Un golpe seco, los huesos temblando como cuando el viento mueve un cermeño y la fruta duda entre caer y persistir. Las cápsulas rojas no saben a menta, ni a cereza como los labios de la rata en el baile... saben a eso que nunca se recuerda hasta que lo vuelves a tomar. Los círculos se expanden como ondas de lago, mis cabellos son láminas de río que se desbordan por la punta del revólver que me agujerea la sien... «Mis alas gigantes me impiden andar».

Recuerdo el lugano en la jaula de mi casa de mar. Llegaré yo también a amar la cautividad si pienso que los demás hombres están aprisionados en la más oscura mazmorra.

Cuando llegan las estrellas mi madre canta a la luna, escucho su voz de agua desde el camastro. El vaivén de su cuerpo cansado en la hamaca y las olas que adormecen la costa como un néctar. Me han encerrado en el sótano por escupir a una visita. Mis padres, inmortales en mi mente, también fallaron. Cuando la puerta de acero se cierra de golpe, una sombra se cierne sobre la bola de luz, entonces distingo en ella los rasgos de mi rostro separados por las ondulaciones del puzzle. Comienzo a devorarlo, los dedos y lengua sangran por los cristales del espejo.

He debido de sufrir una nueva crisis, un instante de locura. Comer vidrio no es cosa saludable y menos con tan voraz apetito de autodestrucción. Estas paredes blancas pertenecen sin duda a un hospital, los vendajes que forran mi mandíbula y dedos. La lengua me arde horriblemente. Vuelvo a sonreír como los moribundos alegres. ¡Diablos, me curan para luego matarme! (No sé si lo pienso o lo hablo). ¡¡Inocentes...!! ¡Yo también les perdono porque no saben lo que hacen! Cuento hasta diez, veinte, me impulso hacia delante. Mi cuerpo sudoroso aferrado a las gruesas mantas blancas. La disnea, la fiebre que me hace brillar, no consigo leer los rótulos de los frascos, abro trabajosamente la puerta que parece de acero. Una violenta ráfaga de luz se estrella en mis ojos, ruedo por la escalera de caracol, los círculos, campánulas, un pasillo que es un largo caleidoscopio, enfermeros me arrastran, veo el perro que mordió a la señora Beltrán, ahora es un pastor alemán olfateándome. Risas de animales, manos bajo las ropas, una rata me ofrece su cuello peludo, muerdo a un doctor, el martillo del juez me destroza sin piedad, mi madre entona un canto fúnebre bajo el mar, ahogándose en lo que más temo... Las lágrimas de pa caen en su pipa, un humo que huele a incienso, no puedo dejar de tiritar. El león me desnuda en una biblioteca, tiñe de sangre mi cuaderno de dos rayas, golpeo sus senos duros como escudos. El ángel llora en mi estómago: «¡Pobrecito de mí, yo también me estoy convirtiendo en rata, la voz se me atrofia... trus precradros mre cronducen hazria lra mretramorfrosis!».

Un riachuelo conduce las cabezas de luz hacia la catarata de la cuenca de mis ojos. ¡Despierto! ¿Dónde estoy? ¿Qué ocurre? Un policía rodeado de enfermeros me cuenta que rodé por las escaleras del sanatorio. He permanecido sin conocimiento durante horas. Que han castigado severamente al celador que descuidó un espejo en mi calabozo, así como aquellas tablas que me sirvieron de muletas, puesto que a los condenados a muerte no se les puede dejar ningún objeto que les incite al suicidio... Pero no recuerdo nada, ni quién soy... Me dicen que la ejecución se ha aplazado un día, ¿qué ejecución?

Tras una minuciosa exploración médica los forenses han dictaminado que padezco una amnesia total, rascándose la cabeza comentan que quizás esto plantee un caso jurídico excepcional, aunque no cambie el resultado. Con paciencia me explican todo lo que he hecho, es como si escuchara en un serial de radio las aventuras de un famoso criminal. Mañana a mediodía se cumplirá la sentencia. Tal como si acabado de nacer me dieran muerte, sin embargo existe algo en mi interior que no me hace temer ese momento, una extraña fuerza susurrándome que yo puedo vencer a la muerte.

Me dan a leer una agenda que me pertenece, es para mí como una novela de misterio

mal escrita, a veces bellos poemas que delatan un alma clara al servicio de la contemplación, en otras ocasiones horribles poemas irónicos sobre sus propios defectos. Voy descubriendo la vida de un ser extraño, adorador de sus padres, su madre suicida en el mar, su padre muerto de dolor, «así la luz de los ojos de madre guiará mi balsa, serena y abismal». En las primeras páginas doy el aspecto de ser un santo, sin embargo, no recuerdo el menor indicio de mis progenitores. Comienza a sufrir una serie de eclipses, se siente deprimido e intenta suicidarse en varias ocasiones, ¿?, siempre sobrevive, realmente es inmortal. En la última página escrita decide hacer un nuevo intento y ruega al demonio que no vuelva a alzar el telón de la vida... ¡y me quieren hacer creer que este chalado soy yo! Luego me muestran las declaraciones firmadas por mí a la policía, donde confieso la muerte premeditada de cuanta gente me conocía con cierta profundidad. Los invité a una encerrona y allí los quemé vivos. ¡Qué monstruosidad! También me declaro culpable del asesinato de unos individuos llamados David Peces, Débora Beltrán y su madre, aunque algunas de estas muertes fueron por causa natural.

Estoy de nuevo en mi celda, yo y el camastro, hasta me han sacado los elásticos de la ropa para que no intente otra locura. La noche en vela. Sufro una terrible migraña, hilachas de piel se me desprenden, círculos en la laguna del blanco de mis ojos. Martillazos. Mi cerebro errátil se pierde en un bosque de confusión, la cefalea aumenta. Veo un árbol cuyos frutos son rostros borrosos, tigre, rata, elefante... No comprendo. Un portón de hierro se abre de par en par, una luz cegadora fluye de él, como si de su interior naciera un mundo. Comienzo a trepar por las espirales, una llovizna de flamas me azota el rostro, que no es otra cosa que una masa de luz ardiente. Llego al umbral de la puerta, nubes y viento nítido ante mis ojos. La traspaso. Me encuentro en una especie de friso de un templo de cristal, miniaturizado. Al bajar la vista el vértigo me asalta, es la cima del más alto pico del universo. Unas columnas infinitas lo sostienen sobre el mar. Me aferro a las paredes aterrizado, y siguen cayendo hilos de piel. En un ángulo del friso surge un adversario, su cabellera de llamas ondea en el viento, camina hacia mí pesadamente. Su cráneo es otra bola de fuego. Nos agarramos con fuerza, comienza la lucha, sus manos destrozan mi carne como si fueran afiladas hachas, su mandíbula hundiéndose en mi pecho. Siento su hálito en mi boca, al fijarme detalladamente en su rostro descubro que es el mío con una sonrisa cruel. Las piernas se me doblan, soy izado en peso y arrojado al abismo. Abro las nubes y el agua hirviendo que contienen me abrasa los últimos jirones de pellejo. Soy un esqueleto con testa inflamada, el tomar bocanadas de aire hace que salten mis vértebras. Al estrellarme en el mar los huesos son lanzados a distintas bocazas de tiburón. Sólo soy una cabeza de fuego que el agua apaga mientras los círculos del impacto recorren el océano hasta destruir las costas y sus habitantes. El meollo desbaratado se posa en la arena del fondo del mar. En los huecos nasales se

instalan pequeñas ratas acuáticas, en las cavidades de mis ojos, una serie de animales microscópicos: búhos, gatos, pingüinos...

El sopor llega con el alba. Un sueño intenso me impregna cada célula, el cansancio de vivir lo que no recuerdo, la muerte del cansancio sin recompensa. Estoy en el vacío absoluto donde los instantes esperan ser ocupados por algún ánima y que toda la acción conduzca a un fin, quizá la destrucción. En esta forma de vivir condenado sólo se impone la caducidad. Estos pensamientos no los reconozco, pero están en mí como todo lo que dice la agenda y esa absurda confesión. Sé que he cruzado una calle, me guiaban los latidos de un corazón que nace, pero de pronto sentí que eran los míos que se paraban paulatinamente, desplomado entre las dos corrientes me dejé borrar.

Aún puedo dormir un poco. No quiero llegar a la ejecución cayéndome de sueño. Esa extraña fuerza me obliga a esperar ese instante alegremente, sin temer nada.

La cabeza apoyada en el almohadón, antes de cerrar los párpados lanzo una ojeada al cuarto... ¿Pero hay alguien sentado en esa esquina? Cabizbajo en la penumbra, observándome con fijeza a diez pasos de mí. ¡Es imposible!

—Después de todo lo que te ha ocurrido, ¿te atreves a decir que hay algo imposible?

—¿Quién eres?

—Pongamos por ejemplo tu ángel de la guarda, si le quieres dar más profundidad al asunto, soy tu otro yo... Uno de los dos se va y el otro se queda.

—¿Y qué haces?

—Te vigilo, eso sí, cariñosamente; no como ese otro guardián que te han puesto.

—¿Y quién se irá y quién se quedará?

—Ante todo te prevengo que irse es malo, pero quedarse, peor. Dentro de poco llegaremos a la frontera. Nuestra meta es pasarla juntos, aunque sea burlando la aduana. Me encerrarás en una cajita de cristal o dentro de tu boca o en uno de tus puños. Iré camuflado entre tus vivencias. Si el aduanero se percata, estaremos perdidos: a mí me devolverá al río cenagoso, y tú traspasarás solo la puerta de acero.

Me levanto agotado, una espesa capa de niebla bloquea mi mente, me acerco a la esquina, pero no hay nadie. Debo estar volviéndome loco. Regreso al lecho, un agudo pitido en el tímpano: al volver el rostro contemplo de nuevo la figura en la pared, mirándome. La cefalea alcanza su punto álgido, coloco el almohadón sobre mi cabeza, voy a cerrar los ojos... pero de repente me percato de que estoy sentado en la esquina, acurrucado entre sombras, mirando al camastro con una sonrisa demencial.

Abren la puerta, un sacerdote lleva su rosario hasta mi boca y me ayuda a incorporarme del rincón de la pared.

—¿Tú también has leído este libro? —enseñándome un mamotreto llamado El Biógrafo... de no sé qué... (de pronto se echa las manos a la cabeza). —¡Tú eres el que padece amnesia, te has hecho famoso, pero sé que lo has leído, pues su dueño te lo entregó hace escasos días!

—¿Y qué contiene el libro?

—Es la Biblia del diablo —me respira al oído.

—¡Ah! —al hojearlo observo biografías de personajes desconocidos por mí... Pero hay uno que me hace saltar un nervio, un tal Moreno... no sé.

—¿Quieres confesar los pecados cometidos después de perder la memoria? Al último condenado le salvó el alma un acto del más arraigado cristianismo: un guardia le golpeó la mejilla y él puso la otra. ¿Comprendes?

—¿Era masoquista?

El cura comienza a rezar en voz alta, luego murmura al carcelero que mi pérdida de memoria es otro milagro, porque yo soy ahora otra persona, abierta a Dios. Le incita a propinarme una bofetada para observar mi reacción, pero el celador se sonroja.

—Hijo mío, voy a ser tu predicador, salvaré tu alma en un tiempo récord —me muestra un bloc donde tiene apuntadas las diversas marcas que ha batido con cada conversión... hay algunas que son cuestión de minutos, otras se alargan por un gran número de años (los de cadena perpetua), y por paradoja, los que por un milagro son amnistiados, no acaban de convertirse.

—Necesito dormir hasta el mediodía, usted me estorba, padre, será mejor que se marche.

—¡Ah, no, no, tengo la oportunidad más brillante de mi historial, no te empecines en estropeármela!

Sus ojos alucinados hieren los míos, al hablar anheloso me salpica. «No te preocupes —me dice limpiándome con su pañuelo—, es saliva divina». Reviento. Estoy ahorcándolo con su rosario, patalea y chilla como un poseído, el guardia me sujeta, surgen varios celadores con porras.

Abatido en mi rincón les grito que me dejen en paz en mis últimas horas. Antes de cerrar la puerta, el clérigo tacha un nombre en su agenda, mientras recoge las bolitas dispersas de su rosario.

Pugno por descansar. Creo verme en una enorme sala repleta de sentenciados a muerte. Estamos examinándonos para poder cruzar el más allá. De la calle suben ruidos de máquinas, tractores, perforadoras. Al observar mi hoja de examen sólo distingo jeroglíficos. Me estalla la cabeza, el sudor resbala por mis sienes y baña una cicatriz. Todo orbita a mi alrededor, los barrotes son llamas huidizas de sus pabilos, se desploma una inmensa muralla de carne viva, chapoteo en el estanque de las pupilas de un perro que me escruta tras el ramaje de un vergel. Mi cráneo es una mansión ardiendo a la orilla del mar, horribles alaridos se escapan de las ventanas oculares. Una somnolencia pesada, aros de todos los colores, zarcillos con hilachas de piel, la transparencia se derrama como gajos de naranja, los alazos de una bandada de pájaros de agua.

En la celda de enfrente los celadores encierran a un joven presidiario, uno de ellos me

dice a través de las rejas: «Tú ya estuviste en esta parte». Luego se dirige al nuevo condenado: «Y tú, dentro de poco, te mudarás a aquel lado, y allí... plaf». «Sí, se van turnando, es la cadena a la muerte» —comenta otro carcelero.

Por lo tanto, yo tuve que estar en esa celda y con otro preso, seguramente el que me prestó el libro, como dijo el sacerdote. ¿Cómo se comportó conmigo? Debo relajarme y no dar la impresión de sentir miedo, para no asustar a este muchacho que casi no se tiene en pie.

Cuando los guardias se van, el joven se incorpora e intenta meter la cabeza por entre los barrotes: —Es imposible —le digo intuitivamente.

—Hay algunos presos que acarician el aire... ¿se ha dado cuenta?

—Si hubiera aire en esta mazmorra yo también lo acariciaría.

—Bueno, usted es ya un anciano, no le importa morir...

—¿Qué dices...? Tengo apenas cinco años más que tú.

—Eso es imposible, yo sólo tengo veintiuno, y usted alcanza los cincuenta.

—¡Mírame bien! —levantándome del rincón.

—Tiene el rostro averrugado, tiras de piel arrancadas, la boca horriblemente cortada, le supuran los ojos. Las vendas rodean su mandíbula, amigo... y es usted cojo, ¿verdad?

O este chico se burla de mí o en verdad debo ser un viejo. Cierto es que no recuerdo exactamente mi edad, pero por lo que decía la agenda... De pronto siento la tentación de hacer sufrir a este joven que tan despiadadamente me trata, burlándose de mi pobre aspecto: —Tú pronto estarás así, chico. El esperar la muerte hace crecer verrugas.

—Entonces toda la humanidad estaría averrugada, además a mí seguramente me aplicarían el indulto...

—¡Ah, monstruo!

El joven pasa su mano por mi testa rapada a través de la reja: —Descanse, abuelito.

En el patio se oye un gran alboroto, suena un timbre intermitente.

—¡Un intento de fuga! —exclama mi vecino.

Observo una encarnizada lucha entre guardias y presos, éstos caen por los suelos sangrando. Los ladridos de los perros lobos resultan menos fieros que los de la policía. El joven ronronea y se frota las manos ante la masacre.

Cuando todo acaba surge un silencio amenazante, el carcelero me grita desde la puerta que sólo faltan tres horas, aunque quizás ese alboroto lo retrase un poco. Tengo aún tiempo de descansar, sólo se me ocurre eso. Me siento envejecer: —¿Cómo son mis ojos, eh?

—Blancos... Parecen de perro, abuelo, como estanques de leche o algo así. Aunque quizás —acercándose a mí— en algún tiempo tuvieran cierto matiz verdoso... que ahora recuerda el moho del estanque.

Bostezo de sueño, el muchacho me sostiene la mandíbula con la boca abierta: — Lávese de vez en cuando la lengua, le están creciendo pelillos...

—¿Le gustaba ver cómo destrozaban a esos condenados en el patio, cerdo? — mientras aparto sus manazas de mi barbilla.

—Mire quién habla... ¿No eres el famoso sádico, el del genocidio, sentenciado a varias penas de muerte?

—¡Falso..., me han confundido con otro!

—Ahora se nota que está a punto de reventar de miedo... Pero espere a que me aleje, no me vaya a salpicar con sus vísceras podridas.

Caigo de hinojos, un barrote hace sangrar la escara de mi sien. De pronto me siento el ser más desvalido que ha pisado este absurdo planeta, me van a matar por algo que no recuerdo... y a ese monstruo lo van a soltar.

—No sabes que uno mismo es su mejor juez, y yo me declaro inocente.

—Tú tienes manga contigo mismo. Pero tus verrugas derramarán sangre negra que embadurnará el tornillo mortal, ¡qué asco! El chasquido que producirá tu cuello apergaminado al quebrarse...

Estos sarcasmos me apesadumbran, pero al yo de mi agenda le incitarían a reír. Me desplomo con la más amarga expresión en el rostro sobre mi camastro. El joven cree que me ha herido demasiado y se retira de la reja.

Los párpados no se acoplan bien por la costra de dolor que cubre mis conjuntivas. Torno a ver círculos, se desgarran una telaraña. Un extenso valle de cirios encendidos se abre ante mí, estoy en la cima de una montaña de rocas ensangrentadas. Los cientos de varillas luminosas están atadas entre sí por un infinito cordel que yo sostengo en mi escondrijo. Por una de las laderas del monte baja en silencio una manada de animales diferentes y sobre ellos una bandada de pájaros a ras de tierra. Se van adentrando en el valle y la luz de las velas hace visibles sus alientos fríos. Se sientan como humanos, los ramos de fuego les rodean. Uno de ellos se levanta y comienza a danzar, cuando se fatiga, otro le sustituye. Estoy a gran distancia, sin embargo, puedo distinguir claramente sus rostros, al cuello de la rata le falta un jirón de piel que mastico como un chicle. Doy un tirón al cordel y los cirios se vuelcan, caen las paredes de la noche inflamada, cortinas de estrellas, ríos de lava. Sus cuerpos comienzan a arder, están quietos, impávidos. De repente sus rostros de animales se transforman en carátulas de demonios. Los fetiches se derriten, sus cuernos se clavan entre sí... van cayendo las máscaras y bajo ellas aparecen mis rostros, copias exactas de mi cabeza. Y al mismo tiempo que ellas flamean en el valle, la mía sonrío en la colina.

—¿Por qué gritas, has tenido alguna pesadilla?

No he logrado dormirme, sin embargo continuamente acuden visiones a mi cabeza, precedidas por unos extraños círculos laberínticos.

—Es tu conciencia, viejo. Ya empiezas a recordar algo, ¿verdad?

—Todo es tan confuso, quizá si consiguiera dormir podría borrar esas imágenes de la mente.

—Sólo la muerte te las borraré.

Al erguirme, el sol me da de lleno en la cara. Veo pájaros posados en unas banderas, las nubes dibujan figuras de animales.

—Ten cuidado, tu pellejo se puede abrir con ese rayo de sol, tus arrugas se hacen más profundas.

—Las nubes son animales.

—No, son mujeres.

Abren la puerta, me preguntan si quiero comer algo especial, o formular un último deseo. No me muevo de mi posición, aunque ya la luz me hace doler los ojos, niego con la cabeza. Los pájaros alzan el vuelo cuando el viento ondea las banderas. Estoy seguro de que el carcelero ha hecho una mueca a mi espalda pues el joven ríe: —Te vas a quedar ciego... y no podrás ver el hermoso artefacto de justicia que te aplicarán.

El guardia me susurra al oído que el sacerdote está dispuesto a perdonarme y darme su absolución a través de los barrotes de la puerta, pues tiene miedo a entrar.

Afirmo. Al instante la voz del clérigo me llama. Me acerco a la puerta con lentitud, la imagen del sol se traspa a la faz de quien me muestra mi nombre anotado de nuevo en la agenda: —¡Hijo, al fin! —vuelve a suplicarme.

Incrusto hábilmente mis dedos en sus flamígeros ojos, siento un líquido pastoso entre las uñas, como al quebrarse un huevo: —¿No pone usted la otra mejilla?

—¡Es que no tiene más ojos! —se exalta mi vecino.

Esto me hace reír por primera vez, es una nueva sensación. No puedo parar de carcajearme, al muchacho le sacude también el ataque, parece que estuviéramos presenciando una secuencia de Charlot. El carcelero no puede aguantar y también explota, el cura con las pupilas vidriosas arranca la hoja del bloc y la arruga: —¡Esto te precipitará de cabeza al infierno, maldito!

—«Es un desierto circular el mundo, el cielo está cerrado y el infierno vacío» —el muchacho me dice que parafrasea a un tal Paz.

Derregado en el suelo el estómago me tortura felizmente, centellea la dentadura blanca de mi compañero, al menearse la barriga del carcelero las llaves también ríen a su manera, hasta los animales de las nubes dilatan sus divertidas fauces.

Vuelvo a situarme estático frente al sol, los pájaros están ya muy lejos. «Sólo falta hora y media», me dice el guardián como si me hubiera tomado afecto.

—Todo esto no es justo, la vieja sociedad quiere destrozarnos —para de reír el muchacho.

—Los mayores dan buenos consejos porque ya no pueden dar malos ejemplos.

Círculos. En un pesebre oculto en la quebradura de una montaña comen todos los animales de mi mente, se resguardan del frío calentándose con sus propios alientos. En el valle de nieve las huellas de mis pies, al anochecer los busco con una antorcha... hay que rematarlos. Pero el muro de carne humana se extiende a lo largo de toda la llanura. Y retrocedo hacia el abismo, caigo del templo de las nubes al mar... y mi cabeza, la antorcha, se apaga...

—Le repito que puede quedarse ciego.

—Dentro de poco me dormiré con los ojos abiertos.

Un calorcillo interior me devuelve esa alegría que temí haber perdido. No siento miedo, al contrario, lo espero contento. Los dardos solares son prolongaciones óseas de mi frente, como los apéndices del caracol. Ahora sé que no podrá ocurrirme nada, lo que dice la agenda es verdad. Podrá caérseme el pellejo pero el poder hipodérmico, la luz interna es invencible. Las frases de ese reo estúpido no me han desanimado, aunque quizás yo fui como él.

De pronto oigo gemidos, giro la vista hacia la celda de enfrente: muy borroso observo al joven que llora de rodillas.

—¡Tengo miedo..., el guardia me ha dicho que ve poco probable lo del indulto!

—Pobre monstruo, ¿dónde están tus chistes?

Se derrumba, los brazos le tiemblan, sus hermosos ojos se arrugan. Torno la vista al sol, la bandada de pájaros regresa: se dispersan por los muros de la prisión y parece que se abren como frutos de agua, chorreando libertad sobre los presos. Uno de ellos llega hasta el ventanuco de mi celda. Como si mirase por un ojo de buey, todo es agua, el cielo es el mar. Estoy ahogado en lo que más temo, siempre verdes trepan hasta mí, enormes alhelíes, plantas increíbles intentan liberarme, otro nervio salta en mi memoria, perfuman el aire fétido del calabozo con su fresco olor. Abajo un extenso jardín de ensueño, de muerte, árboles acuáticos alzan sus ramas para saciar mi sed. En la moheda húmeda la brisa silba y las ánimas de las bestias baten sus palmas, en el cerezal sombras femeninas recogen fruta para una fiesta macabra, el ceroferario conduce la masa de luz a través del pasillo, yo le espero con los brazos abiertos y una aureola de fuego en la cabeza. Después, cientos de siervos y acólitos atan los cirios encendidos a lo largo del mundo, se visten de animales y me ceden la punta del cordel. Gozan de ser pasto de mi poder, sus cuerpos incinerados esbozan sonrisas. El sacrificio al dios inmortal.

Atrapo al pájaro, su plumón se hunde bajo mis dedos. Es tan sólo una cajita de cristal, con el índice derecho le abro el vientre, sangre de cristalitos púrpura, el pequeño armario que guarda las monedas de oro es su corazón aún palpitante. Soplo en su interior, la brisa remueve sus vísceras de diamante, el alma va en el aliento, el pasajero intocable en el avión del tiempo. Cierro la almohadilla de vidrio y lanzo al pájaro por la ojiva, seguro de que remontará el vuelo hacia la gran frontera.

El joven grita desesperadamente aferrado a los barrotes: —¡pero qué has hecho!

—¿Yo...? Nada.

Este imbécil me dice que he matado a un pájaro con mis propias manos, que lo he besado tras descuartizarlo y luego, dándole una palmadita, lo he lanzado hacia el cielo... Visiones. No me he movido de mi posición, casi no veo, el sol está dentro de mis pupilas.

Se arrastra como un reptil, besa el suelo y pide a Dios que no lo lleve, que ama a la tierra y no quiere morir. Pobre gusano, no siento la más mínima compasión por él, es un corriente mortal. Crezco, lo abarco todo como el sol, reino sobre las ciudades, los bosques, el espacio, al extender mis alas dejo a oscuras el mundo, soy la noche y la luz. La memoria comienza a desandar todo: en mis ojos hinchados de soles se desploma una casa ardiendo junto al mar, soy el deshacedor. Arrojo al agua una sombra que anda sobre un puente, en las islas frías derribo una silueta de cabellera dorada contra las rocas del mar, vomito píldoras como corazones, el cráneo revienta como el último golpe al bombo, las ondas del gong aplastan tímpanos. En las callejuelas de una misteriosa ciudad deambulo como un perro viejo, desposeído de su propia soledad, mi boca escupe sobre mí, cucaracha reflexiva... Y mi cuerpo atado a las aspas de un molino es despedazado por vientos gélidos. Consigo atravesar la muralla de hombres insectos que me devoran con sus afilados dientes, y me desembarazo del pellejo putrefacto, cae la máscara del diablo...

El celador abre la puerta: —Le he estado observando... ¡Vuelva a vestirse inmediatamente!

No sé lo que me ha pasado. Mis ropas forman un charco a mis pies, junto a los vendajes y tiras de pellejo, el cuerpo desnudo se llena de sol... ¿Estará llegando el pájaro a su destino?

Mientras el muchacho solloza grotescamente por mi desnudez, el carcelero se afana en vestirme: —Sólo falta media hora, abandone ya esa ridícula posición.

—¡El cieguito al patíbulo! —entre lágrimas y moco me acaricia por los barrotes mi convecino.

No me inmuta. Sé bien quién soy: Vorace, el inmortal. Esta ejecución es irrisoria, se trastornarán con mis resurrecciones. Ahora puedo descansar, dormir, cierro los párpados, seguro que se hace de noche porque he engullido por los ojos toda la luz del sol.

Estoy soñando literalmente:

FORENSE: Pobre loco, seguía riendo mientras le ajustábamos.

COMISARIO: Sí, realmente era un caso perdido.

SACERDOTE (con el pájaro muerto en las manos): ¡Fíjense, estoy seguro de que fue él!





FÉLIX FRANCISCO CASANOVA. (Santa Cruz de la Palma, 28 de septiembre de 1956 — Santa Cruz de Tenerife, 14 de enero de 1976) Era hijo del poeta y médico Félix Casanova de Ayala. El padre describió así al joven escritor: «Desde temprana edad —ya a los siete u ocho años— solía sorprenderme con frases insólitas que yo me preguntaba dónde podría haber leído. Eran giros sueltos, casi surrealistas y esotéricos, cuyas fuentes me era imposible inquirir en ninguno de los libros de mi biblioteca que pudiera caer en sus manos». Después, Félix Francisco fundó un grupo de rock y el movimiento literario *Equipo Hovno*. En 1973, a los diecisiete años, obtuvo con su libro *El invernadero* el principal premio de poesía de Canarias, el *Julio Tovar*. En 1974 ganó el *Pérez Armas* de novela con *El don de Vorace*. Un mes antes de su muerte ganó, con el poemario *Una maleta llena de hojas*, el concurso organizado por el periódico *La Tarde*. Félix Francisco es también autor del diario *Yo hubiera o hubiese amado*, escrito en 1974. Murió a causa de un escape de gas...